

Después de la lluvia



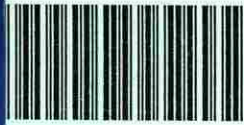
276

Narrativa Universitaria



PQ 7276

D4



0124017

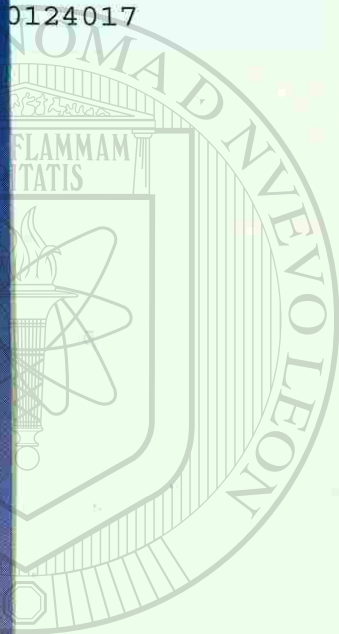
Lic. Manuel Silos Martínez
Rector de la U.A.N.L.

Dr. Reyes Tamez Guerra
Secretario General

Dr. Ramón G. Guajardo Quiroga
Secretario Académico

Ing. Jaime C. Vallejo Salinas
Director de la Preparatoria No. 16

Lic. Ernesto Castillo Ramírez
Difusión Cultural



Después de la lluvia
Narrativa Universitaria

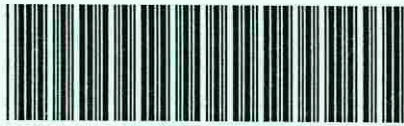
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

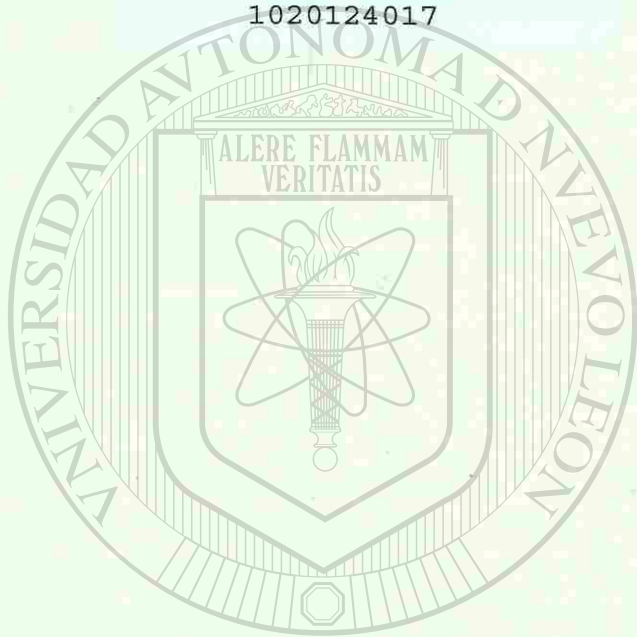
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

103
109
112
114

Diseño de portada e ilustraciones:
Baldomero Hernández



1020124017



Después de la lluvia

Narrativo Universitario

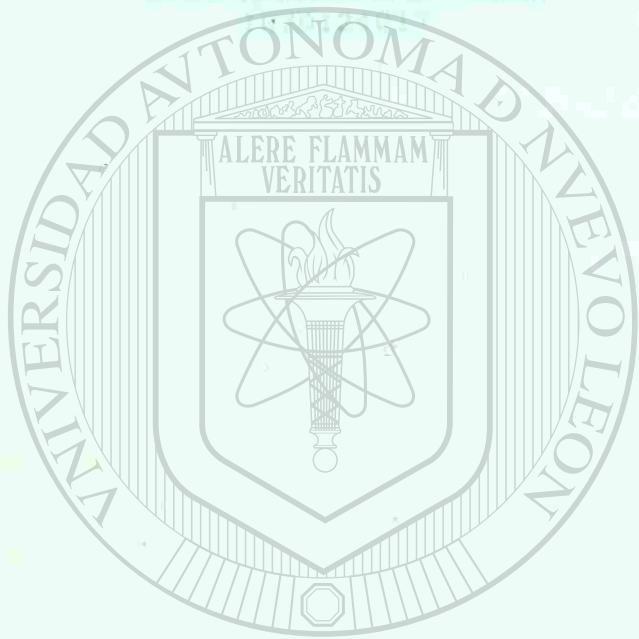
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

® 103
109
112
114

02255-910



Después de la lluvia

Presentación

Luis Montalvo López
Memoria por la Gracilidad

Narrativa Universitaria

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO UNIVERSITARIO

La historia de México 4

La historia 5

Luis Omar Villalón Moreno

La luna menguante 61

Consejos verbales 65

La historia 73

Mrs. Josefina Díaz Olivares

Michelazo y caliche 81

El extraño 90

El viaje 97

Enrique Castillo Zamora

En el espacio 103

De Monterrey a Ensenada 109

La calle de la gran 112

De los autores 114

Después de la lluvia



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

Presentación

Luis Antonio Lucio López

Marcada por la fatalidad.....13

Leticia M. Hernández Martín del Campo

La señorita Rocío.....43

La receta.....51

Carlos Omar Villarreal Moreno

La luna menguada.....61

Consejos vacíos.....65

La llamada.....73

Ma. Josefina Díaz Olivares

Machetazo a caballo.....81

El extraño.....90

El viaje.....97

Ernesto Castillo Ramírez

Estoy aquí porque no puedo estar en otro lado.....103

De Monterrey a Escobedo.....109

La calle y la gente.....112

De los autores.....114

INDICE

Presentación

Luis Antonio Lugo

Manuel...

Patricia...

Carlos...

Mr. Joaquin...

El examen...

El viaje...

Ernesto Castillo Ramírez

De Montreux a Eschobed...

La calle y la...

De los autores



Presentación

En un ámbito de extraordinarios cambios y ajustes globales, nuestro país vive hoy momentos difíciles. Los diversos sectores que integran la sociedad, se enfrentan a nuevos retos y buscan satisfacer las necesidades básicas de la población.

Nuestra Universidad Autónoma de Nuevo León no es ajena al proceso histórico que atañe a la nación y lejos de circunscribirse al discurso, refuerza las actividades prácticas que inciden en la sociedad.

Así, podemos mencionar que se han intensificado los programas de apoyo hacia la industria y otros sectores que solicitan servicios profesionales y técnicos y se optimizan los recursos para beneficio de la comunidad universitaria; cabe destacar que el 33 por ciento de la población estudiantil está involucrada en el sistema de becas.

Nuestra Universidad, además, participa activamente en el escenario cultural del Estado, promoviendo las diversas artes, en momentos en que el antagonismo entre ciencia y humanidades es sólo un mal recuerdo, pero también en tiempos en que apoyar la cultura es una tarea titánica.

En este contexto, la Preparatoria Núm. 16 hace su contribución a la difusión de la cultura en el

panorama literario de Nuevo León, con una propuesta que aportan un grupo de maestros del área de literatura, quienes a sabiendas de los riesgos que implica publicar y de la escasa o amplia aceptación que se tenga en el medio, se han reunido y presentan sus textos en este libro.

Así, "Después de la lluvia", Narrativa Universitaria, pretende ser el resultado de conjuntar creatividad y tenacidad y, sobre todo, un claro ejemplo de que la literatura mantiene su presencia en el horizonte cultural universitario, pues siempre hemos creído que el esfuerzo creador del ser humano merece nuestro respeto y admiración.

Los textos que forman este libro, son un reflejo de que escribir para abrir espacios - donde el pensar y el sentir fluyen a través de personajes, verbos, palabras y signos - es una tarea que al mismo tiempo que devuelve al hombre su dimensión espiritual, lo coloca firmemente en su entorno social, como testigo y actor.

Ing. Jaime César Vallejo Salinas.

Luis Antonio Lucio López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

panorama literario de Nuevo León, con una propuesta que aportan un grupo de maestros del área de literatura, quienes a sabiendas de los riesgos que implica publicar y de la escasa o amplia aceptación que se tenga en el medio, se han reunido y presentan sus textos en este libro.

Así, "Después de la lluvia", Narrativa Universitaria, pretende ser el resultado de conjuntar creatividad y tenacidad y, sobre todo, un claro ejemplo de que la literatura mantiene su presencia en el horizonte cultural universitario, pues siempre hemos creído que el esfuerzo creador del ser humano merece nuestro respeto y admiración.

Los textos que forman este libro, son un reflejo de que escribir para abrir espacios - donde el pensar y el sentir fluyen a través de personajes, verbos, palabras y signos - es una tarea que al mismo tiempo que devuelve al hombre su dimensión espiritual, lo coloca firmemente en su entorno social, como testigo y actor.

Ing. Jaime César Vallejo Salinas.

Luis Antonio Lucio López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

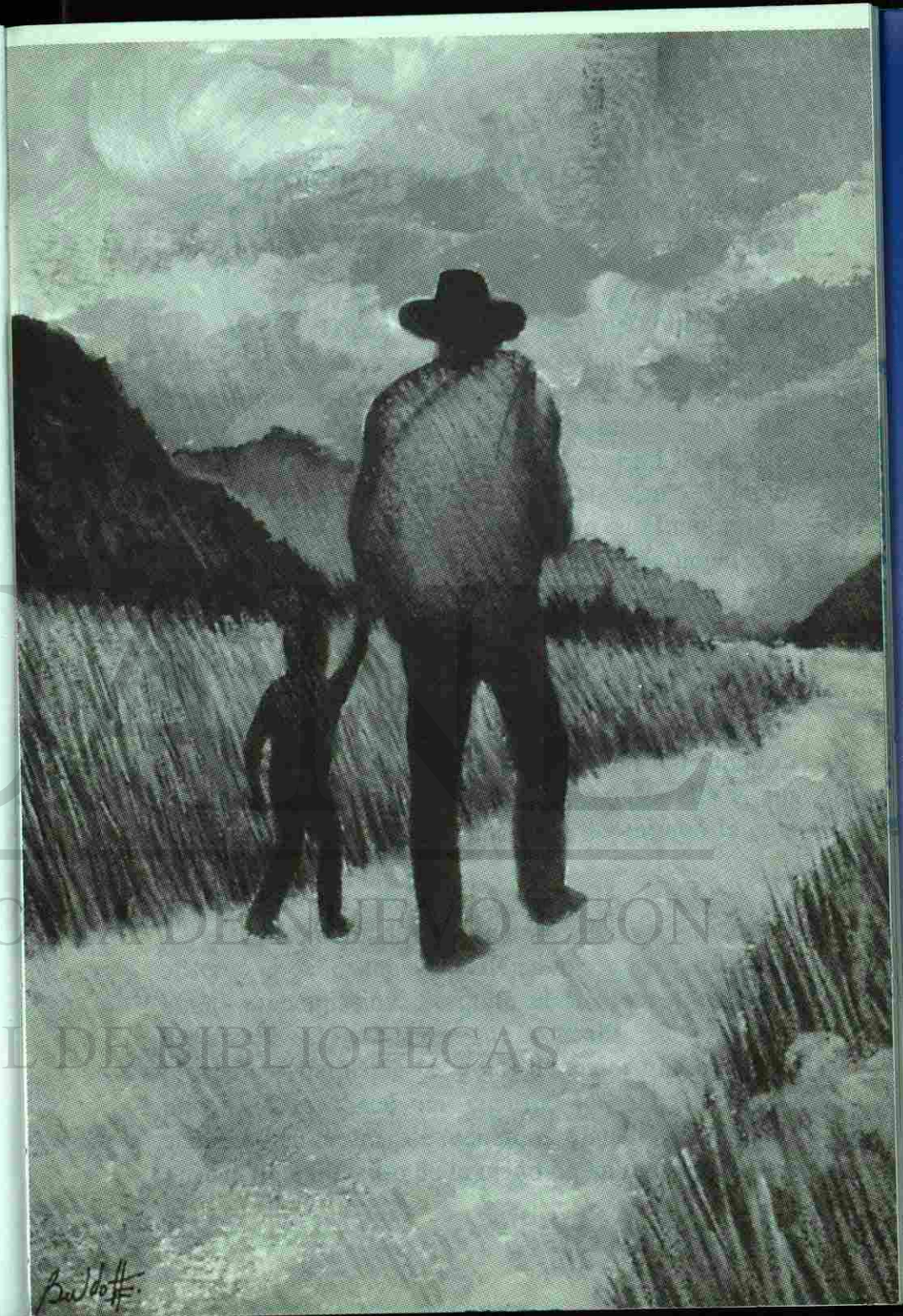
panorama literario de Nuevo León, con una propuesta que aglutina un grupo de maestros del área de literatura, quienes a sabiendas de los riesgos que implican publicar en el extranjero y amplia aceptación que se tiene en el extranjero, reúnen y presentan sus textos.

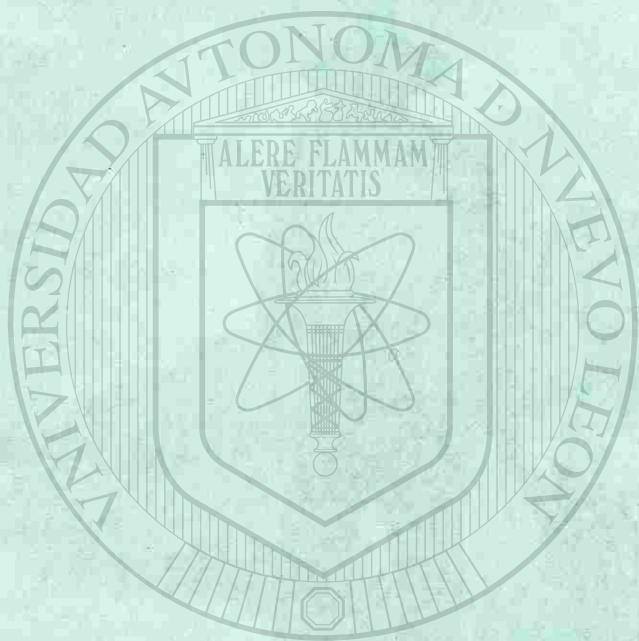


Narrativa
Unidad y tenacidad
de la literatura
que el esfuerzo
un respeto y admiración
que forman esta
donde el pensar y
el sentir
y signos - es
devuelve al hombre su dimensión espiritual, la
firmemente en la entera social, como resaca y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE

Marcada por la fatalidad

A Fabiola Wendolyn

Daniel López abordó el tren del olvido una tarde de mayo, llevando como único equipaje una caja de madera envuelta en papel para regalo, que le entregó sin muestras de alegría la mujer que más amaba en su vida: Raquelina Montiel. Ella llegó a la estación en una carreta de labranza, caminó penosamente por el andén y se detuvo en el umbral de la sala de espera. Apoyada en un bastón de nogal que el carpintero del pueblo realizó especialmente para ella, buscó entre los viajeros el rostro del hombre al que le dio todo su ser. Descubrió a Daniel sentado en las bancas de madera, junto a indigentes de paso, mineros en desgracia y rancheros sin fortuna, y por primera vez lo vio en su real dimensión. Un hombre que la acompañaba a distancia se acercó a ella y, sin que mediara una orden o una seña, le entregó la caja con envoltura de fiesta.

-Creo que esto es tuyo, -dijo a Daniel.

El hombre que la acompañaba se retiró y la observó a la distancia, reflejando en su rostro una honda preocupación. Se quitó el sombrero de palma, desamarró el paliacate que rodeaba su cuello y procedió a limpiarse las gotas de sudor que escurrían por su cara. Sacó un cigarro, lo encendió y se sumergió en un mar de recuerdos. Cándido Solar llegó a Boca de San Pedro de la mano de un mendigo al que

confundió con Santa Clos y que lo raptó de su casa, aprovechando la ausencia de sus padres y las ilusiones que albergaba su mente infantil. El indigente llegó al jacal pidiendo algo de comida, cuando el pequeño esperaba la llegada del recolector de leche, quien diariamente acudía por el producto de la ordeña y que por razones que siempre ignoró, aquella ocasión se había retrasado.

-No hables con ningún extraño, -le dijo su mamá cuando junto con su esposo se dirigió a la labor a iniciar los trabajos de siembra de maíz para la cosecha temprana. En aquel tiempo la región vivía la crisis más fuerte de su historia. Caminos y veredas estaban llenos de vagabundos y maleantes que asaltaban a la gente a plena luz del día. Los menos violentos pedían qué comer en las rancherías y seguían errantes, sin destino.

Los niños tenían años de no recibir la visita de Santa Clos y sólo sabían que existía por las pláticas que sus padres les hacían. Por eso a Cándido Solar no le pareció un extraño el vagabundo que tocó a la puerta de su casa con un bulto colgándole en la espalda. El prominente estómago, las largas barbas y la cabellera blanca, le dieron la certeza de que era la visita que anhelaba.

-¡Eres Santa Clos!, ¡Eres Santa Clos!, -dijo saltando de alegría sin notar el asombro que en el indigente había provocado.

-¿Están tus papás? -preguntó.

-No. En este momento se encuentran en la labor preparando la tierra, -respondió.

El indigente entró a la casa seguido de un niño emocionado, cargó en su bulto los alimentos que estaban en la alacena y salió al camino llevándolo de la mano.

-¿A dónde vamos? -Le preguntó.

-A darte tu regalo.

-¿Qué es, qué es?

-Un largo viaje.

Cuando lo conocí fijando durmientes en las vías del tren minero, Cándido Solar no recordaba su nombre original, ni la ubicación de la tierra que lo vio nacer. Ignoraba su edad y la que tenía cuando fue secuestrado por el errante al que confundió con Santa Clos y que lo trajo de pueblo en pueblo pidiendo limosna para sobrevivir. El vagabundo lo hacía pasar como su nieto que quedó huérfano de padre y madre, y como su único familiar tenía el deber de formarlo y hacerlo hombre de bien. Con el paso del tiempo las ilusiones infantiles huyeron de su mente de niño y Cándido Solar dudó de aquella historia que su supuesto benefactor repetía hasta el cansancio. Una noche sus verdaderos padres se aparecieron en su sueño y le dijeron la verdad. Entonces despertó llorando y con una rabia inmensa atacó a su raptor. Lo agarró de las barbas y lo arrastró por toda la bodega de la estación del ferrocarril, donde dormían aquella noche, y lo enfrentó:

- Tú no eres mi abuelo, ni eres Santa Clos, maldito.

El vagabundo sacó un machete que utilizaba para abrir brechas, arrojó la funda hacia un lado y se abalanzó sobre él dispuesto a matarlo:

-Y tú no eres un niño, eres el vivo diablo, eres satanás; le dijo mientras con su machete cortaba la tranquilidad del aire.

Aquella noche los gritos de auxilio llegaron hasta el jacal de mis padres:

-Algo pasa en la bodega, mamá. Dije preocupado. "Duérmete, son los borrachos", contestó abatida por el cansancio que le provocó la jornada del día.

Carpio de León, quien vivía frente a la bodega, se levantó al escuchar los gritos que surcaban el viento en busca de ayuda. Tomó entre sus manos la carabina calibre veintidós que mantenía cargada en un rincón, y salió a la defensa de un niño que estaba a punto de ser degollado a unos metros de su casa:

-Deje tranquilo a ese niño o ahorita mismo se muere.

Un disparo rompió el silencio de la noche, también los golpes de un anciano alcoholizado que huía en estampida, cayendo entre las sombras de la noche, por una vereda que lo vio salir del pueblo para nunca volver. En la madrugada Carpio de León bautizó al pequeño con el nombre de Cándido Solar, cuando éste le contó que no tenía nombre, ni familia, porque fue raptado por un vagabundo que se aprovechó de su inocencia cuando esperaba el carretón lechero a las puertas de un solar.

El descubrimiento de vetas de plata en los cerros del oriente, trajeron trabajo y progreso a Boca de San Pedro. Se instaló una compañía minera, cuyos propietarios ordenaron la construcción de un ferrocarril de veinticuatro kilómetros de las bocaminas a la fundición para luego entroncarlo con la vías del Ferrocarril Mexicano, por donde viajaría el metal ya procesado. Por la escasez de mano de obra, la compañía contrató a adolescentes y ancianos, y entre los primeros íbamos Cándido Solar y yo. Desde el primer día nos asignaron la labor de cargar durmientes de madera, para fijarlos en la vía, clavarlos y cubrirlos con basalto. Mientras nos afanábamos en aquellas tareas, Cándido Solar me relataba los momentos difíciles de su corta vida.

Con el sueldo que obtenía pude ayudar a mi mamá a mantener a mis seis hermanos, pues mi padre se había marchado en busca de fortuna y jamás volvimos a saber de él. Los primeros meses de su ausencia la situación fue tan crítica que comíamos plantas silvestres y leche de las burras que vagaban sueltas por la pradera. En diciembre mi principal preocupación fue comprar juguetes para mis hermanos, pues tenía el temor fundado de que algún vagabundo llegara a nuestra casa y se llevara a alguno de ellos como ocurrió a Cándido Solar. Fue en esos días de invierno cuando llegó al pueblo Raquelina Montiel, venía en un góndola del Ferrocarril Mexicano, vestida de blanco, huyendo de una boda que no se consumó. Durante varias horas viajó a la

intemperie, de tal manera que su piel estaba amoratada y sus pulmones obstruidos por el inicio de una afección respiratoria. Cándido Solar, que para entonces ya ocupaba un puesto de vigilancia en el área de vías, la vio caminar por los rieles de la espuela del tren minero. Por un momento pensó que se trataba del fantasma de alguna mujer que habitó el Real de Minas en la época de la Colonia, por lo que se hincó, rezó un Padre Nuestro y dos Aves Marías, sin lograr que ella desapareciera. Entonces vino a su mente un conjuro de su infancia y abriendo sus brazos y cruzando sus dedos gritó:

-Cruz, cruz que se vaya el Diablo y que venga el Niño Jesús.

Sólo logró que la aparecida avanzara hacia él. La mujer gimio un "ayuuu" y cayó al suelo; y entonces la lógica pueblerina de Cándido Solar lo llevó a concluir que se trataba de un ser vivo. Escuché ladrar los perros con más insistencia que de costumbre aquella madrugada de fin de año, por eso cuando oí pasos que se aproximaban deduje que venía un extraño. Tomé el machete que mi hermano Pedro utilizaba para cortar la lluvia en temporada de chubascos y salí a la mitad del camino.

-¿Quién vive?, grité.

-Soy yo, Cándido Solar.

Inmediatamente llevamos a la mujer a la cocina para que su cuerpo recibiera el fuego de la chimenea, y mamá Joaquina extendió el catre que mi padre había dejado al partir hacia el exilio. Le ayudamos a darle un

trago de mezcal que la trajo de su inconsciencia y que le devolvió a su piel el color que había perdido.

-¿Cómo te llamas hija?, -preguntó.

-Raquelina, Raquelina Montiel...

Fue lo último que escuchamos, Cándido Solar regresó a su trabajo y yo al descanso que tanto anhelaba.

Horas antes de llegar a Boca de San Pedro, Raquelina Montiel huyó de la iglesia en que se iba a celebrar su boda, cuando una mujer y su pequeño irrumpieron en el atrio justo cuando el sacerdote preguntaba por algún impedimento:

-El es el padre de mi hijo, gritó.

Raquelina no pudo soportar la pena y salió corriendo de la misa, dejando en el altar un novio mudo por la sorpresa y en el más completo asombro a familiares y amigos. Se desplazó sin rumbo por calles y veredas de aquella ciudad de la frontera, hasta que su carrera fue detenida por los carros de un tren carguero que estaba atravesado. El convoy avanzó luego de que el garrotero hizo el cambio de vía, Raquelina subió a él y lloró su desdicha en una góndola vacía.

-Te voy a olvidar Daniel López, te voy a olvidar...

Raquelina y Daniel se conocieron en su infancia, crecieron juntos y se enamoraron. Ella era hija de una familia de clase media, su padre ejercía como maestro y su mamá había servido de enfermera

en la época de la Revolución. El papá de Daniel era un telegrafista jubilado y su madre disfrutaba de una herencia de sus padres agricultores.

Cuando me dejaron sola los muchachos, le quité su vestido de novia y le unté grasa de oso con extracto de menta en todo su cuerpo, para que sudara el frío que traía pegado en los huesos y que los bronquios se abrieran. En su pierna izquierda descubrí el tatuaje en forma de corazón con las iniciales D y R.

-Y esto por qué te lo hiciste hija, le pregunté.

-Fue un error de juventud, señora, -me contestó.

Entonces me contó que una tarde de abril se entregó a Daniel, al terminar un día de campo en la hacienda de Los Nogales que pertenecía a la mamá de él.

-Vamos a casarnos, -le propuso.

-Estás loco, somos muy jóvenes -le respondió.

Nunca comprendió la urgencia de Daniel de casarse con ella.

-Entonces tengo que asegurarme de que pase lo que pase serás mi esposa -le dijo.

-¿Cómo?.

-Tatuándote un corazón en esta pierna -le dijo.

-Haz lo que quieras tonto, yo siempre te amaré.

Daniel López cortó una larga espina de mezquite y razgó la pierna de Raquelina trazando un corazón casi perfecto. A pesar de que la sangre le brotaba y la piel le punzaba, ella no se quejó. Soportó con estoicismo aquella segunda prueba de amor y

vivió la condena de siempre vestir faldas largas. Ambos tenían diecisiete años y pactaron casarse cuatro años después, cuando alcanzaran los veintiuno.

-El día que te quieras casar con otro hombre, primero tendrás que cortártela -sentenció.

Daniel López tardó en reaccionar aquella tarde en la iglesia cuando Raquelina lo dejó plantado en el altar, agobiada por la pena.

-Un momento señor cura, esta mujer miente, el niño no es mío -aclaró. Después se abalanzó sobre ella, le apretó el cuello con las manos para obligarla a confesar que todo era una mentira. El niño comenzó a llorar en los brazos de su madre y ella retiró la acusación.

-Hijo, suéltala por el amor de Dios -intervino el cura.

Macarena Salazar cayó al suelo a punto de morir de asfixia. Recuperó aire y expresó:

-Está bien diré que todo es falso, pero te maldigo para que seas infeliz toda la vida.

Daniel sintió un escalofrío correr por su cuerpo, pero se sobrepuso y salió corriendo en busca de Raquelina, dejando a los asistentes anonadados por su actitud.

Durante dos años viajó por pueblos, rancherías y ciudades, sin que nadie le diera razón de una mujer con la pierna tatuada. Cruzó ríos, trepó montañas y atravesó desiertos dejando en el camino decenas de caballos muertos de cansancio. A punto de agotar su

fortuna y de abandonar la búsqueda de la que iba a ser su esposa, se encontró en un ramal del Ferrocarril Mexicano a José Garza, un comerciante que recorría los rieles en un carretón cargado de alimentos, ropa y herramientas que vendía en abonos a los ferrocarrileros.

-En la estación de Boca de San Pedro hay una maestra que se llama Raquelina Montiel.

Daniel le entregó algunas de las últimas monedas de oro que le quedaban y espoleó su caballo, en pos de aquella pista.

-Ahora sé que pronto estaré a tu lado mi amor, -expresó.

Después se perdió en el horizonte que daba rumbo a Boca de San Pedro.

Américo de Luna, jefe de estación de Boca de San Pedro, estaba muy contento de haber conocido a Raquelina Montiel. Gracias a ella los hijos de los ferrocarrileros recibían la instrucción primaria. Mucho tiempo atrás, Joaquina Chávez lo fue a visitar para proponerle a la jovencita como maestra y que ocupara el puesto que estaba vacante.

-Anoche llegó de Anáhuac en el Aguila Azteca y como se quedó dormida le robaron su ropa. Si la aceptas habrá que hacerle un lugar en el carro-escuela y darle un adelanto para que se compre ropa.

Un tanto desconfiado por la seriedad de la profesora, que parecía incapaz de demostrar algún sentimiento, Américo de Luna aceptó ponerla a prueba. La llevó al vagón acondicionado como

habitación y escuela, y le dio posesión de las instalaciones. Luego le entregó un pequeño fajo de billetes y se retiró a seguir con sus actividades.

-Ahora me voy porque tengo que documentar un tren carguero, -dijo.

-Gracias, procuraré no fallarle -contestó.

Ese día José Garza conoció a Raquelina y aunque siempre lo negó, de sus labios brotó el apodo que la gente del pueblo dio a la maestra. Cuando ésta se retiró cargada de blusas y faldas largas expresó: -¿será una gitana? -Alguien lo oyó y el chisme corrió de boca en boca hasta que todos conocieron la noticia de que al pueblo había llegado una maestra gitana. Gracias a las enseñanzas de su padre, impartió muy bien las clases ganándose la confianza de Américo de Luna, quien llegó a quererla como si fuera su hija. Fue precisamente en un callejón que está frente a su casa en que Raquelina aceptó la proposición de matrimonio que le hiciera Cándido Solar una tarde de abril, bajo las sombras de los nogales. Muchos años después bautizó aquella pasada con el nombre de Callejón del Beso y consiguió que las autoridades municipales pusieran una lámina con la nomenclatura, en honor a aquel romance que marcó toda una época en la región.

Después del susto de aquella madrugada, Cándido Solar regresó a la casa para preguntar por la mujer que había confundido con un fantasma, durante su turno de vigilancia en las vías y se encontró con la sorpresa que ya no estaba. Escuchó de mamá, los

inventos que tuvo que hacer para convertirla en la nueva maestra de la escuela del Ferrocarril Mexicano. Preguntó su nombre, su edad, su pueblo de origen y el por qué llegó en tren de carga vestida de novia.

-Se llama Raquelina; lo demás algún día te lo contará ella -le dijo.

Durante meses, Cándido Solar anduvo rondando el carro-escuela, le llevaba ramitos de flores silvestres, dulce de calabaza, aguamiel de maguey, piedras raras que se encontraba en la mina, huevos de gallina, mojarras que pescaba en el río, pero nada le aceptaba.

-No quiero que piense que soy mal agradecida, sé que le debo la vida, pero por ahora no puedo aceptarle nada, no deseo tener ninguna relación con los hombres.

-¿De veras te hicieron tanto daño?

-Sí.

-Yo no pido que me quieras -dijo Cándido Solar, -sólo que me dejes quererte.

-Por ahora no puedo, pero cuando quiera venga a platicar como amigos.

Un día, caminando por la orilla del río, Cándido Solar le contó cómo había llegado a Boca de San Pedro, la ausencia de sus padres cuya imagen apenas recordaba, los maltratos que le daba el viejo barrigón que confundió con Santa Clos y su anhelo de formar un hogar y llenarlo de niños. Ella también abrió su corazón y contó todo lo que le había pasado en su vida.

-Lo peor es que guardo un recuerdo imborrable de aquel amor -le dijo.

-¿Qué es?

-Este corazón -comentó levantándose la falda para mostrarle la pierna izquierda.

-No me importa tu pasado, si me aceptas como esposo, estas manos que ves, trabajarán día y noche para darte alimento y vestido. Con ellas construiré una casa y arrullaré a nuestros hijos, derribaré los más grandes árboles para partarlos en leña y nunca tendrás frío, pero sobre todo, estas manos te abrazarán para darte consuelo en tus ratos de tristeza, limpiarán tus lágrimas y detendrán tu llanto, pero también te acariciarán porque voy a quererte como nadie te ha querido.

Los dos lloraron. Comprendieron que habían nacido el uno para el otro. Ella pidió que la acompañara a la casa de Américo de Luna, al que consideraba como un padre, para pedirle su consentimiento. El esperó bajo la sombra de los nogales, mientras ella adentro escuchaba un "claro que sí hijita, es un buen hombre y tú te lo mereces".

-Gracias papi, no sabes lo feliz que me haces. De nuevo salió corriendo, pero ya no agobiada por la pena, sino llena de felicidad.

Cándido Solar corrió a su encuentro y se fundieron en un beso; por la ventana Américo de Luna observaba, mientras en su mente germinaba la idea de bautizar aquel pasaje con el nombre de El Callejón del Beso.

Aquellos momentos de felicidad ya sólo existían en el recuerdo, aunque Raquelina amaba con toda su alma a Cándido Solar, él se mostraba ausente, ensimismado, con la mirada fija en el infinito, sin nada que lo animara. El calor de los primeros meses de amor se había esfumado con el roce de la piel fría de sus espaldas. Una noche Cándido Solar llegó tomado y ella lo enfrentó decidida a acabar de una vez por todas con aquella pesadilla:

-Si ya no me quieres dímelo, ahora mismo me marchó de tu vida.

-No es eso, tú sabes que te amo. Pero cada noche cuando acaricio tu piel, toco el borde de la cicatriz de tu tatuaje y me atormenta tu pasado, -confesó -siento que muero de celos.

Momentos después cayó en un sueño profundo provocado por el exceso en la ingestión de alcohol, mientras Raquelina pasaba una noche de insomnio. Los gallos cantaron y llegó la mañana con su resplandor. Ella se bajó de la cama y lo miró con mucho amor.

A lo lejos se escuchó el silbato de un tren carguero y una idea fatídica cruzó por su mente.

-Tienes razón, ahora mismo voy a desprenderme de mi pasado; tú también necesitas una prueba de amor.

Entonces salió del jacal y se encaminó hacia los rieles, iba decidida a todo.

Aquella mañana me tocó ordeñar los becerros, mamá y mis hermanos dormían a pierna suelta porque era domingo. Dejé los corrales y caminé con las tinas llenas de leche hacia la casa; iba pensando darles maíz a las gallinas y preparar un poco de salvadillo para los cerdos, cuando frente a mí pasó Raquelina y la saludé como de costumbre. Ella no contestó y pasó de largo; no llevaba su acostumbrada falda larga y entonces un presentimiento hizo estremecer mi corazón. Corrí a la casa, entré al cuarto de mi madre y le grité:

-¡Mamá, mamá, Raquelina va hacia los rieles como alma que lleva el diablo!

-Vamos.

Cuando llegamos hasta ella, los furgones pasaban tan cerca de su cuerpo que casi le rozaban la cara. Mamá, que conocía su secreto, recuperó el aliento que perdió al correr y le gritó:

-¡Por favor no lo hagas!

-No es cosa mía, es cosa del destino -respondió.

Estábamos a escasos dos metros de ella, hablándole, tratando de tranquilizarla; pero no pudimos evitar que se agachara y atravesara su pierna izquierda en el riel. Las pesadas ruedas de acero amputaron su pierna y ella soltó un grito que se escuchó en toda la estación.

El convoy terminó de pasar y en medio de la vía quedó tirada la pierna, y entre la sangre que escurría destacaba el corazón tatuado. Ella ya no gritó, ni siquiera se quejó, su rostro reflejaba un rictus de satisfacción. Con las mangas de mi camisa le apliqué

un torniquete en el muñón para detener la hemorragia; mientras, mamá pedía auxilio con todas las fuerzas que le permitían sus pulmones. Cándido Solar llegó encarrerado y casi muere al ver al ser que más amaba sentado sobre un charco de sangre. Recordó de inmediato el reproche que le hizo en su estado de embriaguez y se arrodilló diciendo:

-Perdóname mi amor, por favor perdóname.

-Ahora estarás feliz, ya me desprendí de mi pasado -dijo señalando la pierna, después perdió la conciencia.

Durante treinta días Raquelina Montiel permaneció internada en el Hospital Minero, donde los médicos Andrés Huerta y José Esquivel lucharon por más de doce horas para salvarle la vida, en la mayor cirugía que se había realizado en aquel tiempo. Los padres de familia hicieron fila para donar sangre en transfusión directa a la maestra de sus hijos, a quien veían escurrírsele el ánimo de vivir por los vasos sanguíneos. Esa fue la única vez que pudieron verla porque los doctores prohibieron toda visita, luego de haber controlado la hemorragia y cauterizado el muñón de la pierna cercenada por el tren. A lo largo de quince días la tuvieron en un estado de coma artificial con ayuda de sedantes, para evitar que en un movimiento brusco se abriera la herida a punto de cicatrizar. También para ablandar su corazón y que no fuera a quebrarse al recibir la noticia de que iba a quedar mocha por el resto de sus días. Sin embargo

aquel presagio fue erróneo, porque cuando decidieron devolverle la conciencia que le habían arrebatado temporalmente, se dieron cuenta que su estrategia tranquilizante no hubiera sido necesaria. Comprendieron que su paciente no había sufrido un accidente en las vías y que su encuentro con el tren fue producto de una acción premeditada.

-Perdió la pierna izquierda -dijo José Esquivel con la voz temblorosa y haciendo acopio de todo su valor.

-Eso era lo que quería -respondió Raquelina.

-¿Por qué lo hizo maestra?-preguntó el Doctor Huerta.

-Por amor.

-No comprende que estuvo a punto de morir, -expresó enojado el Doctor Esquivel.

-Siempre supe que iba a vivir.

-Su esposo está deshecho, no se ha apartado del hospital desde el día del accidente, quiere verla, estar con usted. Por cierto, estos últimos días lo ha acompañado un hombre extraño al pueblo.

-¿Cómo se llama?

-Se llama Daniel, Daniel López; y quiere hablar con usted.

El cazador estaba sentado en una roca observando al conejo que momentos antes había matado y que ahora se encontraba sobre las llamas de una fogata. Su carabina estaba muy lejos de él, quien sin mayor preocupación tenía una taza de café hervido

en la mano que utilizaba para accionar el gatillo de su arma. Sin hacer el menor ruido que lo delatara, un enorme oso de casi dos metros de altura y cuatrocientos kilos de peso se paró a sus espaldas, listo para dar el zarpazo que terminaría con la vida de su enemigo: el hombre.

-¿Cómo lograste esto que se ve tan real?
-preguntó Cándido Solar.

-Taxidermia, -dijo Gumersindo Ramírez, el disecador del pueblo.

-Pero cómo lo logras, la imagen de ese oso y ese cazador son muy reales, sus expresiones, todo...

Jamás pudo arrancarle los secretos de su oficio, pero Cándido Solar consiguió lo que pocos en el pueblo habían obtenido: la amistad del disecador. El era el único ermitaño que existía en Boca de San Pedro; vivía en una cabaña construida con palos de huizache, en lo alto de un lomerío indiferente que los buscadores de metales preciosos abandonaron con docenas de hoyos, sin encontrar una sola veta. Bajaba al pueblo una sola vez al mes a comprar provisiones, y regresaba a la loma sin mirar a nadie porque la gente cerraba las puertas y escondía a sus hijos. Se contaban de él las peores historias y temían que se llevara a sus pequeños y terminarían convertidos en estatuas. Un día, para ganar una apuesta de borrachos, Cándido Solar se aventuró al lomerío y llegó a la cabaña del ermitaño, y lejos de encontrarlo imponente y furioso, lo descubrió delgado y enfermo a causa de una fiebre extraña que adquirió al beber agua en un estanque

natural que la lluvia había formado. Con raíces y hojas de plantas silvestres, preparó un té que dio a Gumersindo durante tres días hasta que pudo recobrar la memoria y volver a su antiguo estado. Fue así como descubrió las figuras de animales disecados y las efigies humanas que Gumersindo construía con polvo de una piedra blanca que encontró en una bocamina y que muchos años después se conocería con el nombre de yeso.

-Es sulfato de calcio -dijo.

-Y tú cómo lo sabes -preguntó.

-Porque soy químico.

Ese día supo Cándido Solar que Gumersindo había huído de la capital para olvidar un mal amor y que vivía alejado de la civilización para evitar volver a enamorarse de otra mujer.

-Estoy en deuda contigo, espero que Dios me dé la oportunidad de corresponderte algún día -le dijo.

Cuando lo vio caminar por la vereda hasta su casa, Cándido Solar jamás imaginó que Gumersindo Ramírez iba a dejar su deuda pagada. Llegó con una caja de madera en cada mano, sofocado por la caminata, pero con el brillo en los ojos de aquel que va a dar una grata sorpresa.

-Abrélas -dijo.

-No puede ser, no puede ser...

En una caja estaba la pierna de Raquelina Montiel, perfectamente conservada y en la otra una pierna similar construida con madera y cubierta por un

extraño material cuya textura mucho asemejaba a la piel.

-Y éste ¿qué material es?

-No puedo decírtelo, porque aún no le pongo nombre.

-Bueno, pero a todo cómo se le puede llamar, preguntó.

-Prótesis, así lo voy a llamar.

Gumersindo tomó asiento; contó que además de disecar, también hacía experimentos con los materiales que encontraba. Por eso cuando vio la pierna de la maestra abandonada en los rieles, pensó en la forma de ayudarlo, buscando algo que supliera el órgano que su esposa había perdido. Estaba en la tienda comprando provisiones, cuando escuchó el grito de la maestra al ser arrollada por el tren.

-Le dije a José Garza que pidiera ayuda, porque al parecer había pasado un accidente cerca de su casa.

A lo lejos observó a Cándido Solar abrazar a su esposa y pedirle perdón, y llevársela cargada rumbo al hospital minero. La gente se retiró dejando la pierna abandonada y él la recogió y se la llevó a la cabaña. Le aplicó un conservador de materia y le tomó medidas para construir una similar. De un tronco de nogal talló la parte blanda hasta darle la forma que necesitaba y luego le dio el acabado con el nuevo material que había inventado.

-Le hice una funda especial para que se adapte al muñón que le quedó a la maestra. El doctor Huerta ya vio la prótesis y dijo que esta tarde se la lleves.

Cándido Solar no pudo recordar más, el ruido del silbato del tren anunciando su llegada lo sacó del mar de sus recuerdos. Ahora sólo faltaba la decisión de su esposa: se iba con Daniel o se quedaba para siempre a iniciar una nueva vida.

Daniel López abrió la puerta lentamente, se acercó a la enferma, le tomó la mano, se agachó y quiso besarle la frente, pero ella lo rechazó con un leve, aunque firme: "no lo hagas".

-La verdad es que no sé por dónde empezar, -dijo.

-Como todas las cosas: por el principio -indicó.

Acercó una silla que se encontraba abandonada en un rincón, se sentó frente a Raquelina Montiel, tomó aliento y comenzó a relatar todo lo que había vivido desde el momento en que estuvo a punto de asfixiar a Macarena Salazar.

-Salí corriendo a buscarte, pero ya no te encontré.

-En ese momento viajaba en un tren sin destino, que me trajo a Boca de San Pedro; iba a morir, pero Cándido Solar me salvó la vida.

Narró que acabó con su fortuna en dos años que anduvo en su búsqueda recorriendo caminos y veredas, ciudades, pueblos y rancherías, cruzando desiertos, lomas y montañas; arroyos, ríos y lagunas.

-Cuando tuve noticias de ti, avisé a tus padres. Ellos esperan que regreses. Yo te sigo queriendo y si así lo decides, haremos una nueva vida.

-Te olvidas que ya estoy casada, soy la esposa de un buen hombre que me ama y me cuida.

Cuando estaba inconsciente, le dijo conoció a Cándido Solar la tarde en que llegó al pueblo y se dirigió a la cantina a lavarse la garganta con mezcal, y a preguntar por su paradero.

-Lloraba como un niño, sintiéndose culpable de lo que te ha pasado. Entre copa y copa Cándido Solar le comentó cómo la había conocido, los grandes festejos que organizó Américo de Luna para celebrar la boda y la desdicha que le causó a Raquelina Montiel el hombre que la engañó.

-Eso no es cierto amigo.

-Y usted por qué lo sabe -preguntó Cándido Solar.

-Porque Daniel López soy yo.

Raquelina se limpió las lágrimas que le rodaban por su mejilla y habló:

-Todo eso ya me lo contó. Acabaron golpeándose en una celda hasta que creyó tu versión.

Daniel López se ganó la confianza de Cándido Solar al grado de que se sentaban juntos en la sala de espera del hospital, durante los últimos días que duró internada Raquelina Montiel. También hizo amistad con el médico Esquivel, de quien obtuvo la información de que sería dada de alta al día siguiente.

-Ya compré dos boletos para irnos mañana en el tren. Si decides irte conmigo, Cándido Solar no se opondrá. Estaré en la sala de espera.

Los médicos del hospital extrañaron la presencia de Américo de Luna, quien tenía varios días de no ir a visitar a la mujer que pregonaba querer como si fuera su hija. Ultimamente se la pasaba encerrado en la oficina de la estación y repentinamente se había marchado, y ni siquiera acudió a acompañarla cuando salió rumbo a su hogar. Lo cierto es que desde el momento en que llegó Daniel López telegrafió a todas las estaciones cercanas a la frontera pidiendo informes sobre él, porque había algo en el tono de sus palabras que lo hacía sospechar. No se equivocó, le llegaron noticias graves que decidió personalmente investigar.

-Su papá está completamente en quiebra hija, ya vendieron las pocas tierras que les quedaban y su única esperanza es que vuelva y se case contigo. De ahí viene su empeño de buscarte durante dos años, -comentó.

Aquella mañana cuando llegó a su hogar, Américo de Luna ya estaba en el interior de la casa para explicar a Raquelina Montiel el motivo de su ausencia. El hecho de que Daniel López era hijo de telegrafista facilitó el acopio de información, por lo que pudo obtener noticias rápidamente.

-Cuando tú te marchaste murió un rico general al que tu madre salvó la vida durante la Revolución, y como no tenía familiares le dejó todo su capital.

Respecto a Macarena Salazar -explicó, -resultó verídica la versión que dio para impedir la boda: -Le

pidió una fuerte cantidad para evitar el escándalo, pero como no se la dio se presentó en la iglesia donde casi la mata.

Raquelina Montiel envolvió con papel de fiesta la caja de madera, se enfundó la prótesis que Gumersindo Ramírez había fabricado especialmente para ella y se apoyó en un bastón que le llevó el carpintero del pueblo. Llamó a Cándido Solar y le pidió que la llevara a la estación. Se subió a la carreta vigilando que su falda larga le cubriera la pierna que treinta días antes le amputó el tren. Durante el trayecto no cruzó palabra con Cándido Solar, a quien hizo temer lo peor y al que sólo pidió que le cargara la caja envuelta para regalo.

-Me la entregas cuando localice a Daniel López.

Raquelina bajó de la carreta, caminó penosamente por el andén apoyada en el bastón de madera y se paró justo en la puerta de la sala de espera. Descubrió a Daniel sentado en las bancas de madera junto a indigentes nómadas, mineros en desgracia y rancheros sin fortuna. El sonrió y fue hacia ella con los brazos abiertos y la tomó de la cintura. Cuando vio venir hacia ellos a Cándido Solar con la caja envuelta con papel para regalo, creyó que se trataba del equipaje. El tren llegó, Cándido Solar salió del mar de sus recuerdos y se puso a observar la escena que jamás olvidaría: Raquelina caminó con Daniel hasta el vagón de pasajeros. El conductor gritó:

"Vámonoooo", y no pudo escuchar las pocas palabras que cruzaron.

-Te decidiste por mí, te decidiste a venir. Gracias mi amor -dijo Daniel.

-Te vas solo.

-¿Qué?

-Que no me volverás a engañar -dijo ella.

-¿Qué?

No pudo decir más, el jefe de la estación llegó, lo hizo subir al escalón del vagón de pasajeros y le aventó la caja de madera gritándole:

-Esto es tuyo.

El tren se marchó llevando entre sus pasajeros a un hombre maldito para el amor y, dejando en el andén a una pareja llorando de alegría. Y como las volutas de humo que salían de aquella máquina de vapor, el viento se llevó los malos recuerdos de Cándido Solar...

-Abuelita, papá, relaten otro cuento.

-Ya no niña es muy noche; además, esto no fue un cuento.

-Está bien, fue un caso de la vida real. Bueno, tú, papá, cuéntame un cuento; aunque sea corto y luego me voy a dormir.

-Está bien Fabiola, pero terminando te vas a dormir.

Cuando Inés del Carmen escuchó a su gallo de la adivinación cantar a las diez de la mañana, supo que

la muerte rondaba en el pueblo y que se llevaría a uno de los seres más queridos de la región. Dejó la taza de café que se estaba tomando junto a la chimenea, porque sus manos comenzaron a temblar invadidas por la incertidumbre y sus dedos se endurecieron por la tensión de aquel aviso inesperado. Tenía docenas de pócimas para recobrar la tranquilidad, pero no utilizó ninguna porque en su destino, como en el de todas las curanderas, estaba escrito que no podía utilizar su poder para bien propio. Como pudo, agarró una botella de mezcal puro y le dio un trago, entonces recobró la paz necesaria para investigar la identidad de la víctima. Tomó tres granos de maíz morado, abrió el pico de su gallo de la adivinación y los depositó directamente en el buche.

-¿Quién es? -preguntó.

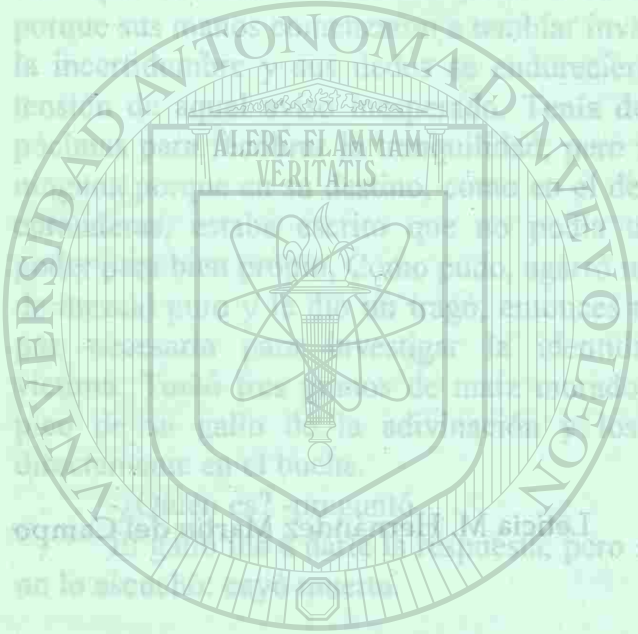
El gallo iba a darle la respuesta, pero su ama ya no lo escuchó: cayó muerta.

Leticia M. Hernández Martín del Campo

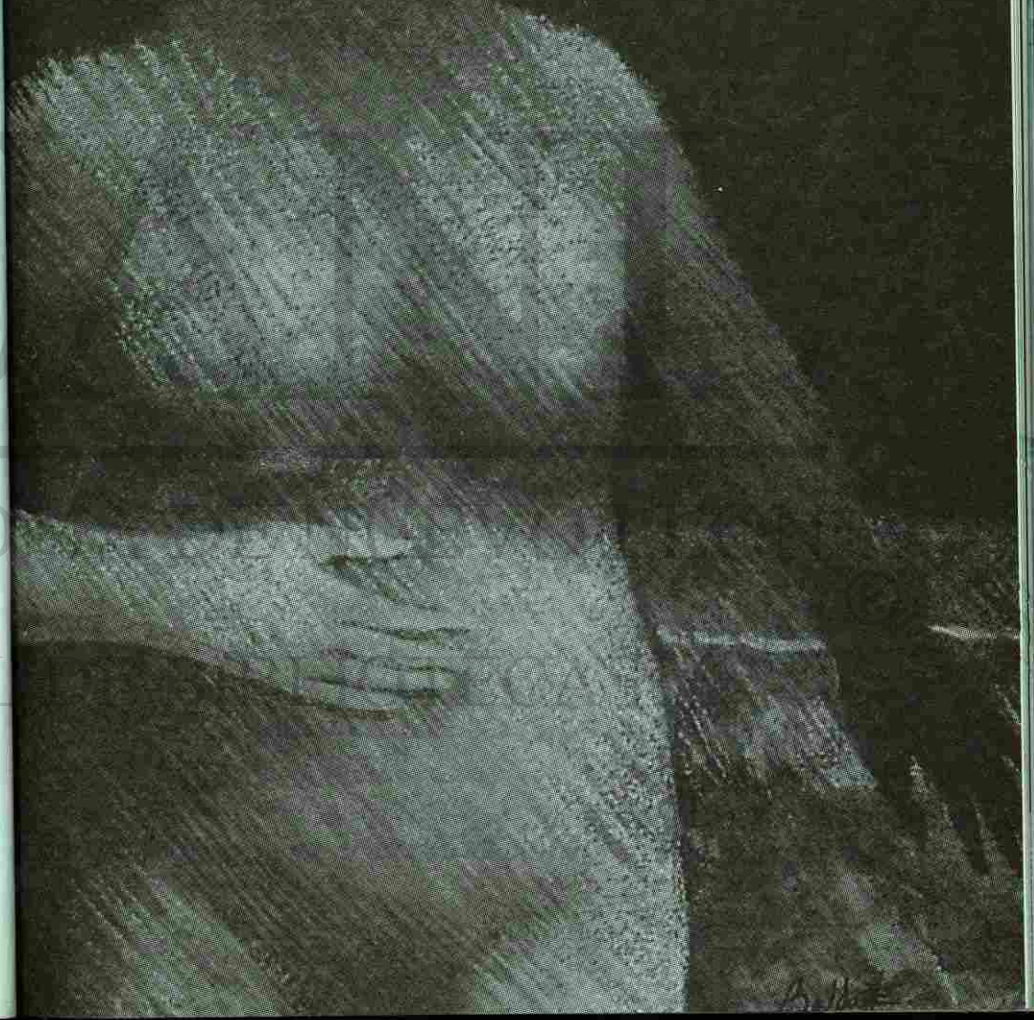
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

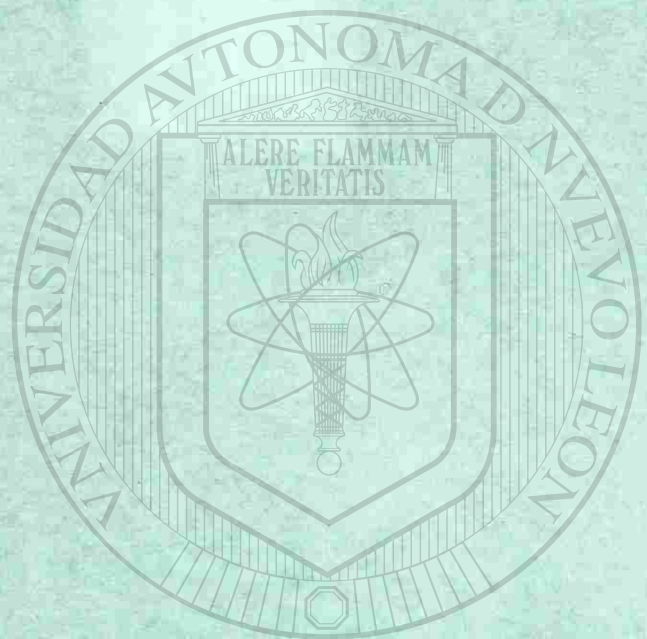
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la muerte rondaba en el pueblo y quisiera llevarla a uno
de los sitios más queridos de la región. Dejó la taza de
café que se estaba tomando junto a la chimenea,
porque sus ojos se habían invadidos por la
la incertidumbre y se hundieron por la
tristeza de la vida. En sus docenas de
páginas había escrito y no utilizó
de todas las
estrellas que no pudo utilizar su
como pudo, en una botella
recobró la
necesaria para lograr la seguridad de la
abrió el
de la administración y los depositó
en la oficina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

La señorita Rocío

El misterio con que nos reunieron en el auditorio, nos hizo pensar que algo malo había pasado. Los seis grupos de secundaria fuimos ordenándonos en fila en los asientos de un recinto que sólo se abría para reuniones masivas de padres de familia o ceremonias solemnes.

Después del bullicio que antecede a una sala que está a la expectativa, los toques en el micrófono nos anunciaron que la directora iba a hacer uso de la palabra. Una vez terminado su acostumbrado discurso inicial, empezó a hablar de la "tremenda responsabilidad de un maestro" de "su ejemplar conducta" y demás cursilerías que se exaltan los quince de mayo; nos extrañó ese tema pues todavía faltaban muchas semanas para esa fecha y además su tono fue haciéndose más severo. El nerviosismo de la directora era notorio porque sus frases eran interrumpidas por carraspeos o tos, hasta que con el volumen más bajo, declaró: "Por razones que no vale la pena mencionar ahora y en nombre de la mesa directiva de este Instituto, y de quienes lo representamos, les comunico que la licenciada Rocío Valenzuela Montes ha renunciado a la titularidad de Historia y Civismo, y por lo tanto se retira de este colegio definitivamente". Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, una gran mayoría nos levantamos del asiento y un ¡no puede ser! resonó casi al mismo

tiempo. Nos veíamos unas a otras incrédulas y repetíamos ¡No! ¡No! ¡No!

La señorita Rocío era, no una, sino la única alegría de ese Colegio embadurnado de estatutos, disciplina y conceptos asfixiantes. Quienes presidían aquella reunión se esforzaban infructuosamente en calmar los ánimos de esa chiquillería rebelde y desconcertada que nos negábamos a aceptar la renuncia de una queridísima maestra, que ni siquiera estaba presente para explicarnos de frente, el por qué de esa decisión.

Un encorbatado se puso de pie -seguramente el padre de alguna alumna- y con impaciencia y coraje golpeó el escritorio hasta que nos hizo callar: -Son demasiado jóvenes para entender muchas cosas -dijo el señor, con el clásico acento del adulto que no puede concebir inteligencia en alguien que tenga menos de quince años. -En lugar de la licenciada Valenzuela -continuó- se pone a sus órdenes la maestra Sor María del Consuelo Martínez, aquí presente. -Unos abucheos se dejaron oír, y los golpes en el escritorio sonaron de nuevo, violentamente. Muchas lloraron, otras se enojaron y algunas como yo, nos quedamos desconcertadas.

* * *

Un auto compacto de color amarillo y mofle ruidoso, anunciaba la llegada de la señorita Rocío. Decenas de muchachitas nos agolpábamos para abrirle la puerta, cargar sus libros, llevar su bolsa o sus lentes. Con una risa sonora y contagiosa nos recibía, nos palmeaba la espalda, nos revolvía el fleco; pero sobre todo, nos iluminaba el día. ¿Qué tenía la señorita Rocío que nos fascinaba a casi todas las alumnas del Instituto Orientación? Ahora que lo recuerdo, no era ninguna belleza de concurso, pero su personalidad imponía en el salón de clases. Sabía ser dulce o dura cuando era pertinente; así como también cumplía sus promesas, ya sea a favor o en contra. Era también alérgica a las mentiras, su lenguaje era "hablar con la verdad aunque fuese, en ocasiones, dolorosa". Una de sus mayores virtudes era saber escuchar; permanecía tan atenta, como si lo que decíamos fuera lo más importante en el mundo y su reloj fuera sólo un adorno. Yo buscaba en balde tener algún conflicto para llamar su atención, pero a mis trece años, todavía no sabía lo que era un problema que no fuese una operación matemática.

La señorita Rocío no era una maestra del montón. Nos enseñó a entender la Historia y a cuestionarnos sobre el proceder de nuestros héroes nacionales. Acostumbraba llevar diferentes textos para confrontar opiniones y así obligarnos a llegar a conclusiones personales. En una ocasión nos sorprendió al llevar a clase, a un anciano de ochenta y

cinco años, con grado de Mayor, que estuvo a punto de ser fusilado en el periodo de Carranza, para que nos relatase de viva voz, su experiencia en la Revolución. En fin, su entusiasmo por la Historia, nos hizo apasionarnos por el estudio de esa disciplina; de manera que la Decena Trágica, la muerte de Belisario Domínguez, el periodo de Calles o el asesinato de Obregón fueron hechos que han quedado en nuestra memoria, claramente definidos.

En aquellos años, a la escuela se asistía por la mañana y por la tarde. Entre los dos turnos había un lapso de tiempo justo para comer y descansar un poco. La señorita Rocío vivía en un municipio alejado del nuestro y trasladarse al Instituto le llevaba cuarenta minutos aproximadamente; en un principio, según nos dijo, comía en un pequeño restaurante porque le era imposible ir a su casa. Poco después, fueron tantas las invitaciones a comer por parte de algunos padres de familia que vivían en las cercanías del colegio, que nunca más tuvo que comer sola en un lugar público.

Yo era demasiado tímida como para atreverme a invitarla; pero muchas veces tuve oportunidad de estar presente, también como invitada, al mediodía, en casa de Graciela, una de mis mejores amigas, cuya familia gozaba frecuentemente de tenerla en su mesa. Daba gusto observar la naturalidad con que se conducía y cómo su sencillez cautivaba a sus anfitriones: ayudaba a poner la mesa, a servir los

alimentos, a lavar los trastes y además siempre llevaba un postre sorpresa. Quienes la conocían comentaban: ¡tiene un carisma especial!

Nadie es perfecto y por supuesto, ella no era la excepción. Sus defectos más graves eran tres: fumar un cigarrillo tras otro, tomar Coca Cola a todas horas y tener quince kilos de más.

Una de las ventajas de mi carácter introvertido era que me permitía ser muy observadora y estar atenta a lo que sucedía a mi alrededor. La señorita Rocío no era bien aceptada por sus compañeras de trabajo. Las maestras la miraban recelosamente y a sus espaldas hacían comentarios ácidos, bastante desagradables. Nunca, como entonces, he logrado identificar tan bien la envidia en el rostro de una persona, como en el de las maestras de matemáticas y ética.

Quizá el mayor defecto de la señorita Rocío fue el permanecer tan ajena a eso y no haberse protegido de aquellas víboras que se enrollaban a su alrededor y amenazaban con inyectarle su veneno.

A medio año escolar, le quitaron la titularidad de nuestro grupo. Esto fue un golpe bajo, tanto para ella como para nosotros. El hecho fue tan arbitrario que quisimos organizarnos y oponernos ante la dirección. La misma señorita Rocío nos obligó a

desistir porque con nuestra actitud podía peligrar su empleo.

Poco tiempo después, al regresar de vacaciones por Semana Santa, nos enteramos que esos quince días de "invitación a la reconciliación y al perdón" según nuestras tradiciones católicas, habían servido para urdir un plan, donde la señorita Rocío recibiría el tiro de gracia.

-¿Lesbiana?, ¿qué es eso?

-¿A tu edad y no sabes, pero en qué mundo vives? como los "jotos", pero en las mujeres así se llaman.

-¿Es que no puede ser? ¿Quién inventó eso tan horrible?

-¡Imagínate! Alguna mente enferma.

-Pero...¿Cómo pudieron creer eso?

-Porque lo atestiguaron tres alumnas y dos maestras.

-¿Quiénes son?

-Lo mantienen en secreto pero no sería difícil averiguarlo.

-Pero nuestras hijas también pueden atestiguar lo contrario. ¿En qué se basan para acusarla de perversión?

-Recuerdas que las niñas de Tercero "A" le hicieron una fiesta sorpresa a Marilú, por sus quince años?

-Sí, ¿y qué?

-Pues, según esto, una de las compañeras, Diana, llegó muy arreglada con un vestido de tirantes que llevaba un saco tipo torero muy llamativo, y la señorita Rocío le pidió que modelara. Diana, haciéndose la payasa, tarareó la tonada típica del "strip-tease" y se quitó el saco coquetamente.

-¿Y luego qué?

-Que de ahí le agregaron e hicieron un cuento muy largo y muy sucio.

-¿Cómo puede ser posible que una estupidez de adolescencia sea tomada como el argumento de una difamación?

-La verdad es que la odiaban por todo el éxito que tenía en la escuela y buscaban desde hace tiempo hacerle daño. De pronto se presentó una circunstancia que favoreció sus propósitos y...

-¿Pero ¿por qué con algo tan mezquino?!

-Porque la envidia así es.

-Y... ¿Qué vamos a hacer?

La madre de Graciela dijo muy triste: -nada, porque Rocío no quiere luchar. Ella me pidió que les agradeciera todo nuestro apoyo, pero no se siente con fuerza de entablar una demanda. Está tan deprimida y tan asustada que sólo de pensar en la publicidad que se pudiera dar al asunto quisiera morir. -Además, -me

dijo- siempre quedarían dudas, -lo que hace temer que jamás volverá a pisar un salón de clases.

-¿Y entonces nos vamos a cruzar de brazos?

-Por el momento sí, porque nuestras hijas podrían ser objeto de represalias o incluso perder el año escolar.

Aquella conversación de nuestras mamás, que escuchamos tras la puerta, nos aclaró el misterio de esa mañana en el auditorio. Entonces supe, por primera vez lo que era estar en un serio problema.

Aunque han pasado muchos años de aquello, en mi memoria está muy vivo el recuerdo de nuestra querida maestra despidiéndose de nosotros con los ojos enrojecidos. Cuando nos llegó el turno, mi madre le aseguró que tarde o temprano, la verdad saldría a la luz. La señorita Rocío le contestó algo que nunca olvidaré: "Levantar un falso a una persona es como rasgar y sacudir una almohada de plumas en la cima de una montaña; recuperar su prestigio implicaría recoger hasta la última pluma arrastrada por el viento".

La Receta

Son las tres de la tarde. Esperabas justo esa hora para salir y así no toparte con nadie en la calle. Casi todos duermen, sobre todo hoy que es sábado y la temperatura alcanza ya los treinta y ocho grados centígrados.

Antes de salir, doblas dos veces un trozo de papel y lo guardas entre el pecho y tu ropa interior. Cuidadosamente cierras la puerta del jardín y cruzas la calle de prisa. Caminas dos cuadras para llegar a un pequeño centro comercial donde está lo que buscas. Sólo diez minutos y ya vienes de regreso. Habías memorizado muy bien el nombre.

Caminas con el repetido deseo de no encontrarte con nadie, y es que eres tan sociable que cualquiera te conoce por allí. Hacía buen tiempo que no caminabas tan de prisa y te sientes cansada. Sudas "a chorros" y no sabes hasta qué punto ese sudor es producto del calor o del nerviosismo. Tu cuerpo no ha logrado recuperar su silueta normal pero es que apenas cumplirás dos meses que estuviste de parto: tu tercer hijo.

Abres la puerta de la reja y rodeas por el pasillo lateral para llegar por el patio y simular que sigues lavando. Te asomas por la ventana de la cocina y todo

parece tranquilo. Tu "mandado" no te ha tomado más de quince minutos.

Entras "como si nada" y tu marido todavía duerme en el sofá de la sala; la niña mayor mira en la televisión un programa infantil y el bebé sigue durmiendo en la cuna, tranquilo con su chupón. Tu otro pequeño seguramente sigue con el niño de los vecinos.

Respiras profundamente y te animas porque piensas que todo será fácil y rápido. Entras al baño y cierras la puerta con llave; sacas del monedero una pequeña bolsa de celofán que protege un comprimido, lo desprendes y lo dejas sobre la base del lavabo. Te quitas la pantaleta y subes la pierna derecha hasta apoyarla en el asiento del inodoro, atrapas la pastilla entre el índice y el medio y muy despacio la introduces por el conducto vaginal. Sientes que no hubo necesidad de penetrar mucho porque tienes la impresión de que algo como una aspiradora, la ha absorbido vorazmente. ¡Ya está!, has dicho en voz alta. Te arreglas la ropa y lavas tus manos. Apoyada en la puerta esperas a que te suceda algo, pero ... nada sucede.

Si esto no resulta, ignoras qué podrás hacer. Esperas un tiempo razonable, pero, ¿cómo? ¿estás llorando? Te limpias los ojos con rabia y observas el reflejo de tu cara en el espejo. Entre lo mucho que has

llorado los últimos días y lo poco que duermes por las noches, estás hecha un desastre.

¿Cuánto tiempo llevas allí, encerrada? ¿diez, quince, veinte minutos? No lo sabes, pero lo suficiente para darte cuenta de que no resultó.

Sales y afuera todo sigue igual. ¿A quién le importa lo que te pasa? Si tu marido ni siquiera ha notado cambios en tu comportamiento ¿qué puedes esperar? El jamás ha entendido nada acerca de la psicología femenina, las depresiones post-parto, las angustias por el retraso del periodo menstrual. Para la mayoría de los hombres estas cosas son tan difíciles como aprender el chino.

Te sobrepones y decides preparar cinco onzas de leche porque en cualquier momento tu chiquito la exigirá. Además debes continuar con tu rutina: desde hace rato la carga de ropa terminó su ciclo de lavado y debes extenderla en el tendedero. Levantas la cesta con la ropa y ese solo esfuerzo activa algo por dentro, un líquido espeso moja tus piernas. Avientas la cesta y ves que rápidamente se forma un charco de sangre ante tus ojos.

La sorpresa no te permite ni gritar; corres hacia adentro directamente al baño, alcanzas una toalla y sentada en el suelo esperas que la hemorragia se

detenga, pero algo se remueve por dentro como un hervor. De pronto, a tu alrededor, todo está oscuro.

Un bebé llora, una niña grita, un hombre se despierta asustado y luego, sábanas, sangre, toallas, sangre, llantos, mujeres, desesperación y sangre.

No puedes ver, no puedes hablar, sólo oyes, oyes muchas voces; alguien dice que te vacías, alguien, que estás fría, alguien grita que cuidará a los niños. Que alguien le dé la leche a tu niño, por eso llora; ya le toca. Pero no te salen palabras, ni una sola.

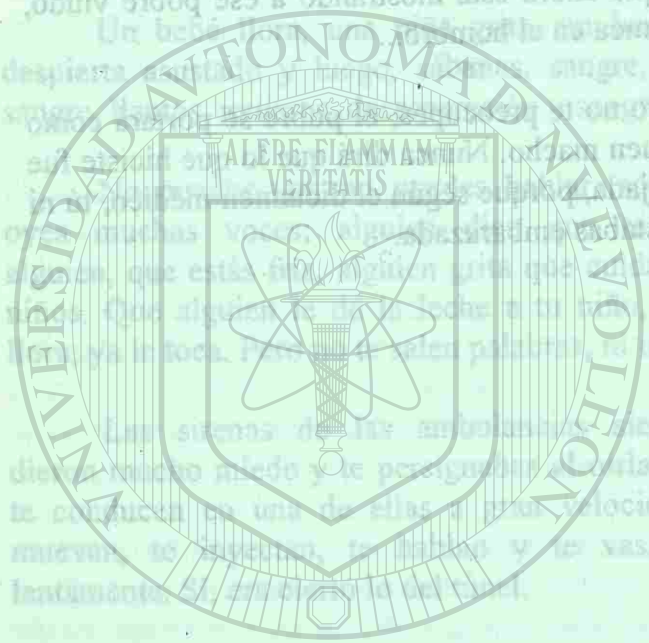
Las sirenas de las ambulancias siempre te dieron mucho miedo y te persignabas al oírlas. Ahora te conducen en una de ellas a gran velocidad y te mueven, te inyectan, te hablan y te vas, te vas lentamente. Sí, era cierto lo del túnel.

Nunca quisiste tener muchos hijos; te las habías averiguado para que entre uno y otro se llevaran varios años. Pero esta vez te tomó desprevenida. ¡Qué descuido tan imperdonable! y ¡qué coraje! La noche anterior, mientras tu marido dormía, hubieses querido golpearlo. ¡Si pudieras verlo ahora! deshecho en llanto, derrotado. No se parece nada al macho que te pendejeaba.

Cuando se enteren tus amigas no podrán creerlo, llorarán mucho; pero una más que todas. Sí, la

que te dio la "receta", esa receta que te encontró el médico de Urgencias en el brassiere. Ese papelito doblado que ahora está mostrando a ese pobre viudo, al que palmea en el hombro...

Pero no te preocupes, el pobre se portará como todo un buen macho. Nunca dirá que lo que hiciste fue una pendejada, porque según el dictamen médico, tú ni siquiera estabas embarazada.



que tanto la libertad que se desea en el mundo es
medida en la libertad de la conciencia. Este
debe ser el principio de la vida moral y política.
Un hombre que no está mostrando a ese pobre virido
alguno de los principios de la moralidad.

Porque el hombre es un ser que busca la verdad y la justicia.
Todo un buen hombre debe tener en su vida un principio
de moralidad que le guíe en su conducta. Este principio
debe ser el amor a la verdad y a la justicia. Este amor
debe ser el fundamento de toda la vida moral y política.
Este amor debe ser el principio de la vida moral y política.

Las ciencias morales y políticas siempre se
desarrollan a medida que se perfeccionan las ciencias. Ahora
te ocupas de una de ellas, la moralidad y la
justicia. Te ocupas de la moralidad y la justicia, te vas
levantando y te vas levantando.

Nunca quisiste tener muchos hijos; te los habías
averiguado para que entre uno y otro se llevarán veinte
años, pero así es el mundo de hoy.

Anterior, mientras tu marido dormía, habías querido
golpearlo. ¡Si pudieras verlo ahora desbocho en
el suelo, derramando la sangre que se le había caído
de la cabeza.

Cuando se enteren las cosas no podrán
creerlo, llorarán mucho; pero una cosa que todas. Si, la

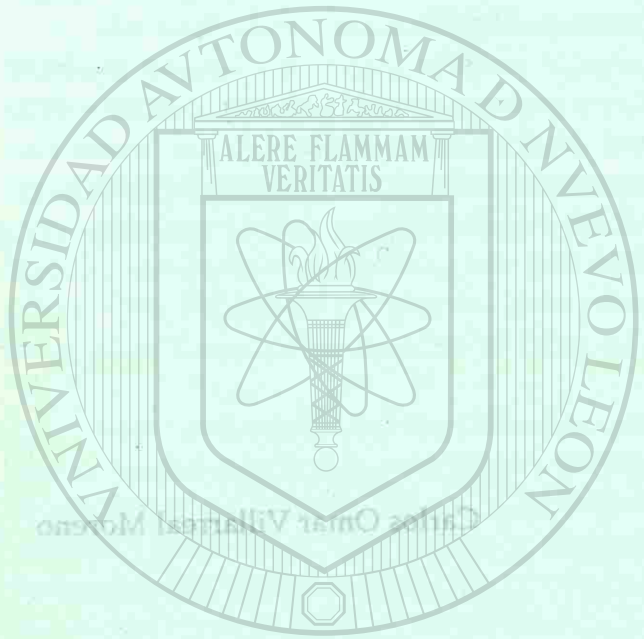
UANL

Carlos Omar Villarreal Moreno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

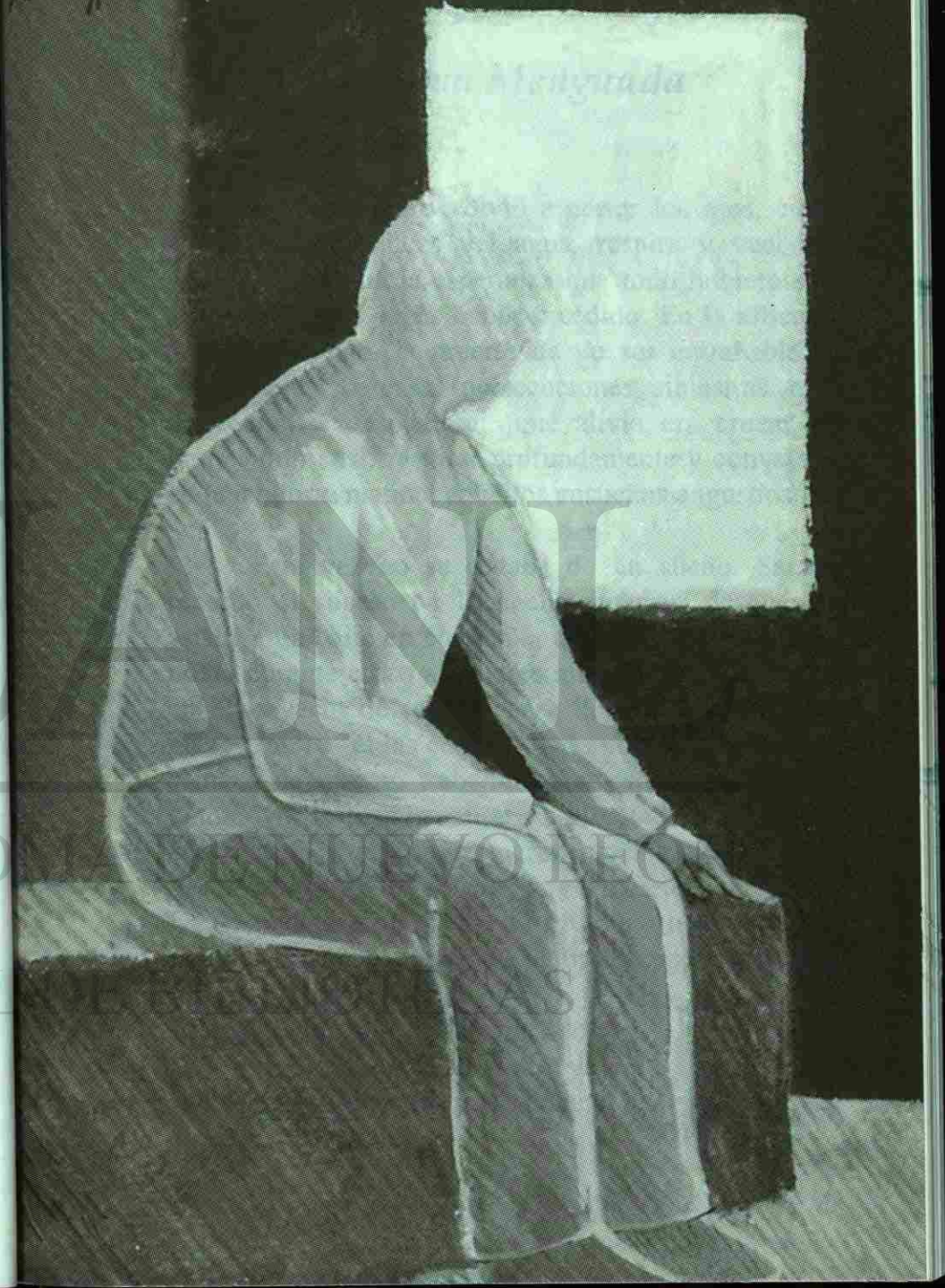


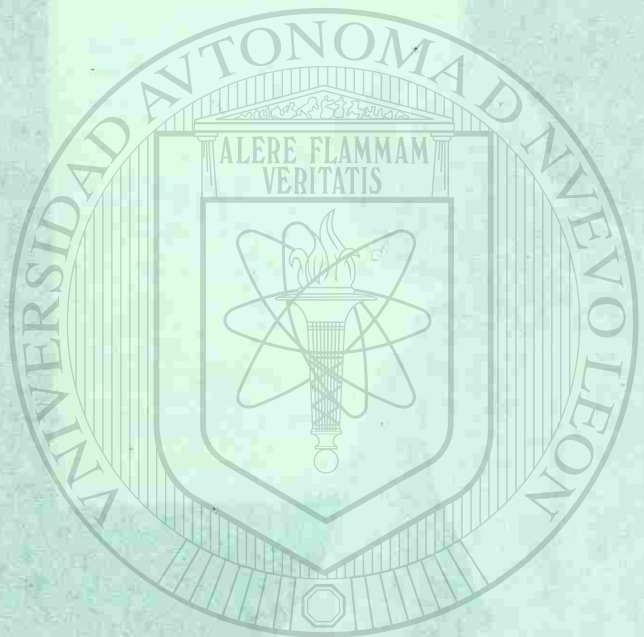


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

Baldoff





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Luna Menguada

Despertó, pero volvió a cerrar los ojos, como quien saca la cabeza del agua, respira y vuelve a sumergirse. Tenía la esperanza que todo hubiera sido un sueño. Otras veces había sucedido. En la aflicción más cruel como: la muerte de un ser entrañable, el incendio de la casa, persecuciones siniestras o la tragedia más desoladora; ¡qué alivio era cruzar los límites oníricos!, respirar profundamente y convalecer en la modorra matinal aquellos ensueños angustiosos.

Esta vez no se trataba de un sueño. Samuel recordó el suceso de la noche anterior: después de asistir a un baile en compañía de Laura, su sacrosanta novia durante cinco años, tres meses y diecisiete días, en el trayecto de regreso para llevarla a su casa, se mezclaron en él las copas de más con la fatiga de una semana de intenso trabajo, la intimidad del viaje en automóvil por calles solitarias, el calor de la noche y esa energía vital que despierta impulsos instintivos a veces irrefrenables cuando hay ambientes propicios. La despedida en el coche se prolongó más allá de lo habitual. Samuel cruzó los umbrales postergados por más de un lustro.

- Espera Sam, ¿qué estás haciendo?
- Déjame. Nomás tantito, tantito y ya.
- ¡Ya! Me lastimas. Me está doliendo.

Con más nervios que placer, atragantaron besos, apresuraron caricias sudorosas y convirtieron las palabras en jadeos.

-Por suerte mi pantalón era negro, -pensó Samuel- dicen que las manchas de sangre no se quitan de la ropa. Quién sabe cómo le haría Laura, su vestido era de color perla. Yo le recomendé que lo desmanchara con leche y jugo de limón antes de lavarlo. Qué mala onda. Me comí el gansito. Tanto que me había esperado. Siempre me calmaba a tiempo. Ya nomás faltan dos meses para la boda.

Samuel no tenía intenciones apremiantes de abandonar la cama, era sábado. Se dedicó a repasar con detalle lo acontecido después de la apretujada entrega: los abrazos, las mutuas disculpas y las promesas y juramentos de reparación. Después esa sensación de culpabilidad que produce vacío y náuseas, como la aguda resaca que llega después de una parranda.

El desaliento de Samuel no obedecía a un remordimiento moral o una contricción de tipo religioso, a decir verdad ni siquiera sentía realmente vergüenza por lo que había pasado. Lo que más le dolió fue que por un momento de debilidad, desperdició estúpidamente en el auto lo que pudo tener un escenario más agradable. A pesar de considerarse como de ideas modernas, hubiera preferido la suntuosa

cama de un hotel de cinco estrellas en alguna playa, claro está que después de llevar a su pareja en brazos a través del umbral de la puerta. Esto, más que por seguir la tradición, por un gusto que consideraba merecido darse después de un noviazgo largo y casi casi recatado.

"Mira Samuel -recordó lo que le había dicho su hermano alguna vez -todas las mujeres tienen lo mismo, cuando escojas a la que quieras para esposa, fijate que te quiera bien, que te aguante y que sea tranquila para que puedas confiar en ella. Cuando quieras emociones fuertes, búscalas por ahí por fuera, pero en la casa vale más lo reposado y sereno para que dure".

Laura reunía las características que convencieron a Samuel para hacer planes matrimoniales. La relación marchaba bien y los años de noviazgo estable garantizaban un "futuro hogar feliz".

-Tan güey, me hubiera calmado, ya le rompí... el encanto al asunto. Siempre la había pasado bien, y con ella nunca llegaba más allá de lo debido, por lo menos con ella, era mi reserva especial. Se me fueron las cabras. Dicen que "quien la mete olvida lo que promete". Yo no. Yo voy a cumplir. Habrá boda, como está planeado, con flores en la iglesia, con arroz, brindis y... luna de miel.

Se incorporó de la cama dispuesto a continuar normalmente la marcha de la vida.

Quién va a saber, -se dijo mientras se miraba en el espejo del baño. -Yo lo sé y eso es lo malo. Bueno, ni modo. Ya qué. Ya qué chiste. Ya no va a ser igual. Es como ir a una sala de cine y en lugar de disfrutar de un estreno, te toca una película que ya viste. La película puede estar muuy buena, puede gustarte mucho, es más, puede ser tu favorita; pero, ya no es lo mismo, no es la misma emoción de la primera vez. Ya sabes lo que va a pasar, ya sabes lo que sigue, aunque tenga escenas bonitas ya no son novedosas. Conoces los paisajes, los caminos que siguen, los personajes, y lo peor de todo es que ya sabes el final.

-Pero no le hace Samuelito, a lo mejor después te sale una oportunidad de aventarte un estreno de lujo, -se dijo mientras de reojo miraba su perfil en el espejo.

Consejos Vacíos

to little star
-¡Hola, compadre! Pasa, acabo de llegar, por poco y no me encuentras. Se juntó el trabajo y no me vine hasta que lo saqué. Ahí está la hielera, pásame una... -¡salud!

Ni me digas nada. Aquí estás otra vez. Nunca entendiste, siempre tan obstinado, tan terco... a ver ¿qué ganas?... -¡nada! Lo único que consigues es estar ahí: ido del mundo, atribulado, capoteando depresiones, toreando desdichas como un espontáneo inconsciente y suicida, sin mayor defensa que la frágil trinchera de tus convicciones.

El torbellino de tu mundo interior, al que es muy difícil asomarse, está lleno de quimeras insólitas; de pasiones reprimidas a punto de fugarse; dudas dogmáticas y dogmas dudosos; de ansias sostenidas y crónicas; confusiones, miedos ancestrales y recientes, remordimientos, en fin: una extraña amalgama que finalmente viene a ser el motor de tu vida, ya calcinada por tus vehemencias.

Pero... yo no sé por qué te digo todo esto. ¡Es tan inútil! La experiencia me demuestra la distancia abismal que hay para tu enmienda. (Pásame otra, de una vez... ¡salud!).

Día con día te arrojas sin amarras al mar de las circunstancias que conforman el contexto donde existes; día a día, providencialmente has regresado al puerto, a veces con buena pesca, a veces con redes vacías, y otras, lleno de consternaciones gratuitas por tu invariable necesidad.

Cuando te miro así, sin que me digas nada, sé que de nuevo te atormenta la impotencia que sientes ante la rigidez de las normas de este mundo que no te acomoda.

Cuando te miro así, sé que otra vez, te lastimas muy adentro, por anhelos lejanos y prohibidos.

No sé por qué, invariablemente, cuando te agobian tus malestares, acudes a mí, para escuchar toda esta letanía de recriminaciones a tu masoquismo. En realidad, no sé siquiera si me escuchas o si toda la cascada de regaños sean para ti como ráfagas que pudieran avivar los rescoldos de tu conciencia.

Sufres por tu gusto, por tu empecinamiento, le pides a la vida lo que no es para ti. Eres un inconforme. Tan fácil que es aceptar y valorar lo que te ha tocado. Siempre te lo he dicho, recuérdalo: "Debemos ser prácticos y sacarle el mayor jugo posible a nuestra estancia en este *purgatio terreno*". Todo hombre prudente y sensato se somete sin resistencia de ninguna especie al eterno ciclo vital.

Entre menos oposición le ponga a la inexorable marcha de su devenir, aceptando buenamente lo que le depare, de acuerdo a sus recursos y capacidades, más ligera será su carga y además se ahorrará buena cantidad de sufrimientos y frustraciones.

Mírame y mira a tantas otras personas que todos los días, sin excepción, cumplimos con la misión de vivir. Se tienen problemas, claro, pero los de rigor, los comunes, los que no te llegan a carcomer.

Creo que satisfaciendo las necesidades primarias, todo lo demás ya es lujo. Y si de lujos hablamos, bien que te los puedes dar, pero sólo los que estén a tu alcance. ¿Placeres?, todos los que se puedan gozar sin problemas: ¡bienvenidos! Pero, aquellos que no se puedan, ni hablar, se descartan y ya. Para qué te atormentas. Es inútil, no tiene sentido.

Tienes que aprender, por tu propia salud, a conformarte. Se puede vivir tan bien cuando logras apagar los impulsos instintivos, cuando eres capaz de soslayar deseos espontáneos; vaya: cuando domas el carácter y consigues responder con acierto a cada una de las circunstancias que se te van presentando.

Vivir: es todo un arte, un arte que se va depurando y lubricando, hasta que sientes que te deslizas y todo es de bajada. De otro modo, te la pasas así como corriendo detrás de algo que no puedes

alcanzar y entonces te agotas, te deprimes, como perro de galgódromo persiguiendo de manera infructuosa a ese ingrato señuelo. Te caes, buscas el sosiego pasajero que te dan las etílicas lamentaciones (¡salud!), agarras algo de aire, sólo para volver a salir corriendo a andar los mismos caminos. Eso no es vida.

Un día te sientes decidido, parece que todo va bien, por un poco de tiempo te sientes dueño de la situación, estás a un paso de brincar la tranca, que significaría tu liberación, pero... de pronto te vuelve a vencer tu debilidad, se rebela tu espíritu indómito y se retrocede en lo que se había avanzado y en consecuencia, otra vez la caída, la angustia.

Yo quisiera ayudarte de verdad (pásame otra), si nada más estuviera de decir: hágase y ya, todo está bien, ya cambiaste, ya eres una persona práctica que no se toma las cosas tan a pecho. Pero, nada, no se puede hacer nada si tú no quieres. Para qué te digo que lo intentes, que te esfuerces. En realidad es imposible ponerse en los zapatos de otra persona "sólo la cuchara sabe lo que trae el jarro".

Necesitas extirpar de *motu proprio* todo aquello que te consume, como un cáncer maligno y progresivo. Debe salir de raíz.

Renuncia compadre. Empieza mañana de nuevo. Olvida. Hazte sordo a tus inquietudes, sácale la

vuelta a tus voces internas. Mira... imagina que te cambias de casa; cuando te mudas, al principio extrañas muchas cosas: tus espacios conocidos, eras capaz de encontrar a ciegas y sin error los muebles, los interruptores de la luz, tus objetos necesarios. Quizá extrañes las manchas peculiares del piso del baño o del cielo raso de tu cuarto, a las que les habías encontrado formas caprichosas y ya familiares. Quizá también extrañes a tus vecinos, aunque a veces son sólo como la escenografía o un punto de referencia para llegar a tu casa. Con el tiempo vas olvidando y te adaptas a lo nuevo y empiezas a asociar ideas con tu nuevo entorno, así como untarle algo de tu vida a las cosas que te rodean, para reconocerlas y reconocerte en ellas, para asegurarte que sigues vivo. Es algo así como una herida que duele mucho, pero con el tiempo va sanando y termina por ser una cicatriz que se olvida. Es casi lo mismo.

Quizá te vas a sentir un poco raro, porque una persona como tú, que siempre ha puesto sus emociones sobre la razón, es difícil que de la noche a la mañana invierta todo. Pero, es que hasta me parece y tengo la seguridad que tú ya casi te acabaste el corazón. Por qué no intentas mejor usar tu cerebro, también se puede vivir así, te lo aseguro y sin tantos problemas. Con la mente fría se pueden solucionar muchos conflictos que los bloqueos emocionales no pueden resolver.

Claro, sin duda es bonito emocionarse, sentir, vibrar como una cuerda bien templada; coleccionar momentos cálidos e intensos; darle grandes bocanadas a los humos desprendidos del incendio humano; fumarse la vida. Incluso nuestra propia naturaleza es proclive al fuego: el corazón es un horno, la sangre es un fluido caliente, nuestra respiración es una constante combustión. Es más, el signo más evidente de que una persona ha muerto es la frialdad de su cuerpo.

Pero viéndolo bien y despacio, las pasiones, las emociones fuertes te acaban pronto; te consumes, sobre todo cuando tienes que vivir dándole una cara al mundo y anhelas secretamente otra vida que no puedes alcanzar. (Pásame la última)

Si lo piensas bien, en la vida hay dos opciones: vivirla intensamente, con emoción, con instinto, con conciencia del instante, pero sin ninguna garantía de duración, sin la certeza de cuándo se agotará. O bien, garantizar una larga vida fundada en una buena administración, invirtiéndole tranquilidad, austeridad emotiva, renuncias, resignación y aceptación.

Todo tiene un precio y se paga con la propia vida, ya sea de un golpe o en pagos que te van acabando.

El tiempo que tengo de conocerte me ha permitido construir toda una teoría de la vida y sus

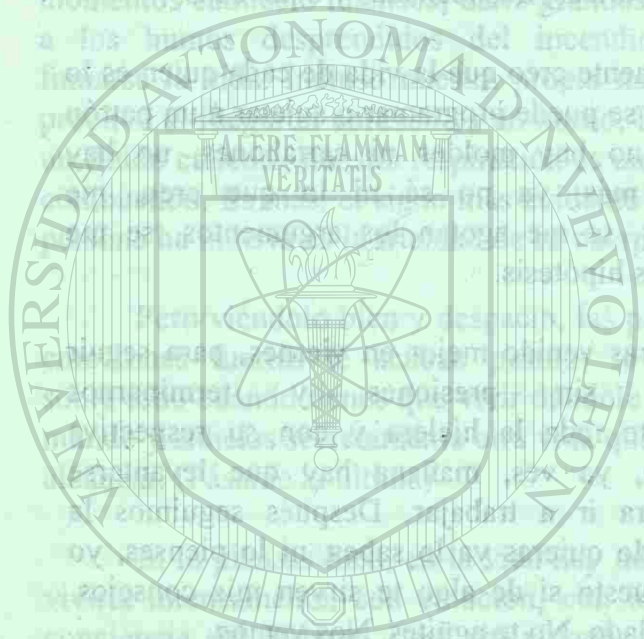
circunstancias. ¿Cómo ves?, Podría escribir una tesis bien fundamentada. No, no te creas de todas estas digresiones teóricas, trasnochadas y equívocas.

Finalmente creo que la vida de cada quien es lo único que no se puede programar o sujetar a un patrón establecido, no hay moldes ni cartabones, no hay recetas. Es más, ya no sé ni lo que creo, me desconciertas, se me agotan los argumentos, se me desbaratan las hipótesis.

Hubieras venido mejor en viernes, para seguir conversando sin presiones y terminarnos tranquilamente toda la hielera y con su respectiva botana. Pero, ya ves, mañana hay que levantarse temprano para ir a trabajar. Después seguimos la plática, cuando quieras ya lo sabes, ni lo pienses, yo estoy bien puesto si de algo te sirven mis consejos. Vete con cuidado. No te agüites. Nos vemos.

Ah qué compadre, qué bueno que ya se fue. A veces lo siento como mi conciencia... me confundo, cuando más estoy convencido de que todo va bien... llega y me perturba y... entonces dudo de estar haciendo lo correcto, cuando conozco de cerca otro estilo de vivir. ¡Ah compadre! ya no estoy seguro si te

compadezco por tus penas o... te envidio profundamente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

La llamada

Al salir de la oficina con mayor prisa que de costumbre, buscó algunas monedas en su bolsillo, sólo encontró un par. Ahora el trabajo estaba en hallar en su desesperado recorrido por la ciudad, algún teléfono público que hubiera resultado ileso del vandalismo, tarea tan difícil como encontrarse por afortunada casualidad algún sobreviviente de una especie considerada extinta.

La mediana intimidad que proporciona una cabina telefónica, el nerviosismo previo a la posibilidad de escuchar una voz conocida y amada, son ingredientes indispensables para aquellos que tienen necesidad de comunicarse a distancia. El teléfono ha llegado a ser prolongación de manos, de labios, conjunción de voluntades afines, nexo momentáneo de almas.

Una cabina telefónica, ¡por fin!, contigua a una avenida infectada de humos y rugidos incesantes. Julio tenía la esperanza de que Aurora lo escucharía, debía ser breve, convincente, contundente para que ella no cediera al impulso de colgar la bocina al escuchar su voz.

Todas las circunstancias lo acusaban, no era algún chisme que de manera mal intencionada le hubieran contado para enemistarla con él, no era una sospecha hiriente, nada de eso, ella misma lo había visto: en la íntima mesa, de un íntimo rincón de ese restaurante tan íntimo, él, Julio, estaba acompañado de una mujer muy atractiva, de cabello negro intenso, rostro blanco perfecto, mirada serena y labios de un rojo inhabitual. Por la importancia y delicadeza del asunto, la voz tenía que ser baja y la proximidad mayor para poder escucharse.

Aurora los vio por el espejo del rincón, Julio no se dio cuenta de momento, en su rostro se notaba el apasionamiento que le imprimía a sus palabras, acompañadas de algunos movimientos de manos. Aurora pudo irse y después aclarar el asunto, pero en esos momentos el coraje desbordaba cualquier cautela. Permaneció de pie observando el espejo, sus dos compañeras no notaron la turbación. Inventó una excusa para retirarse del lugar no sin antes hacer un ruido con la silla. En ese instante Julio la vio por el espejo irse a paso rápido, se le heló la sangre, no por estar haciendo algo indebido sino porque sabía que acababa de perder todo el terreno ganado.

Tuvo que continuar, muy a su pesar, la charla con aquella dama que ni siquiera sospechaba el menudo aprieto en el que se encontraba su

acompañante. Sacó fuerza y terminó el asunto que le había ocupado, parecía ser con buenos resultados.

-Aurora jamás me creerá -pensó- yo sólo le hice un favor a Saúl, por su timidez en iniciar una relación más cercana con Jaquelin, me pidió encarecidamente que tuviera una plática con ella para facilitar un poco el acercamiento pretendido. Me pareció algo que podía hacer con mucho agrado, por mi facilidad de palabra y porque me gusta ayudar a los amigos. La mejor forma fue esperar la hora de la comida, invitarla a comer para cumplir con mi encomienda, ya que somos compañeros de trabajo. Ella aceptó y pude descubrir en su mirada el gusto que le dio el tema tratado, a decir verdad, había un interés mutuo al que le faltaba un simple empujón. Yo sólo fui un mediador. Sí, eso es lo que yo sé. Pero no lo que Aurora cree.

-Tanto trabajo que me costó irme acercando -continuó en su reflexión- todo el tiempo que tuvo que pasar para poder tener alguna conversación, aunque fuera breve. Fue algo muy extraño: por un lado una atracción irrefrenable hacia ella, por otro lado una barrera que me imponía su personalidad, su prestigiosa gracia, su belleza inconmensurable, el conjunto armonioso de su presencia casi inasequible. Cuando conseguí que por fin y por lo menos me permitiera la dicha de llamarle por teléfono a su casa, supe que había accedido a otro nivel, que esa valiosa oportunidad de hablar con ella debía cuidarla como

oro. Tenía que ser cauto, aquella relación era del más fino cristal, hermoso pero frágil, muy frágil. Debía pues, andar con pies de plomo, un error significaría el final. Quién iba a decir que por andar de buena gente, de p...

Al regresar de comer, vivió las horas más largas de su vida, esperando la salida para ir en busca de algún teléfono público; en la oficina no había la privacidad requerida.

Depositó la moneda, escuchó muy quedo la señal de marcar. Sus dedos marcaron ágilmente su número más querido. Con el pulgar de la mano derecha tapó su oído libre para agudizar su sentido por la izquierda. El ruido de los camiones de pasajeros con sus acelerones, enfrenadas y rayadas, apenas le dejaron oír el sonido de las llamadas. Cuando percibió que descolgaron se apresuró a lanzar su discurso ensayado mil veces por la tarde. Se deshizo en súplicas. Atragantó frases explicativas. Se vació de palabras suavizadoras, piropos, promesas y juramentos. Depositó la otra moneda, continuó con su ardorosa arenga. Su estado alterado y el ruido infernal de la calle lo tenían fuera de sí.

Cuando hubo un momento de silencio, pudo escuchar el sonido intermitente de la comunicación cortada. ¡Qué impotencia! No cabe duda que colgar el teléfono es otra forma de cerrar el corazón.

1998
Foro la Capilla
Alfonso de L.
A. A. n. L.
Josefina Díaz Olivares

Ma. Josefina Díaz Olivares

oro. Tenía que ser cauto, aquella relación era del más fino cristal, hermoso pero frágil, muy frágil. Debía pues, andar con pies de plomo, un error significaría el final. Quién iba a decir que por andar de buena gente, de p...

Al regresar de comer, vivió las horas más largas de su vida, esperando la salida para ir en busca de algún teléfono público; en la oficina no había la privacidad requerida.

Depositó la moneda, escuchó muy quedo la señal de marcar. Sus dedos marcaron ágilmente su número más querido. Con el pulgar de la mano derecha tapó su oído libre para agudizar su sentido por la izquierda. El ruido de los camiones de pasajeros con sus acelerones, enfrenadas y rayadas, apenas le dejaron oír el sonido de las llamadas. Cuando percibió que descolgaron se apresuró a lanzar su discurso ensayado mil veces por la tarde. Se deshizo en súplicas. Atragantó frases explicativas. Se vació de palabras suavizadoras, piropos, promesas y juramentos. Depositó la otra moneda, continuó con su ardorosa arenga. Su estado alterado y el ruido infernal de la calle lo tenían fuera de sí.

Cuando hubo un momento de silencio, pudo escuchar el sonido intermitente de la comunicación cortada. ¡Qué impotencia! No cabe duda que colgar el teléfono es otra forma de cerrar el corazón.

1998
Foro la Capilla
Alfonso de L.
A. A. n. L.
Josefina Díaz Olivares

Ma. Josefina Díaz Olivares

oto. Tenia que ser oculo, aquella gresca en un del más
fino cristal, hermoso pero frágil, muy frágil. Debia
pues, andar con pies de plomo, un error significaría el
final. Quién iba a pensar que por andar de buena gente,
de p...

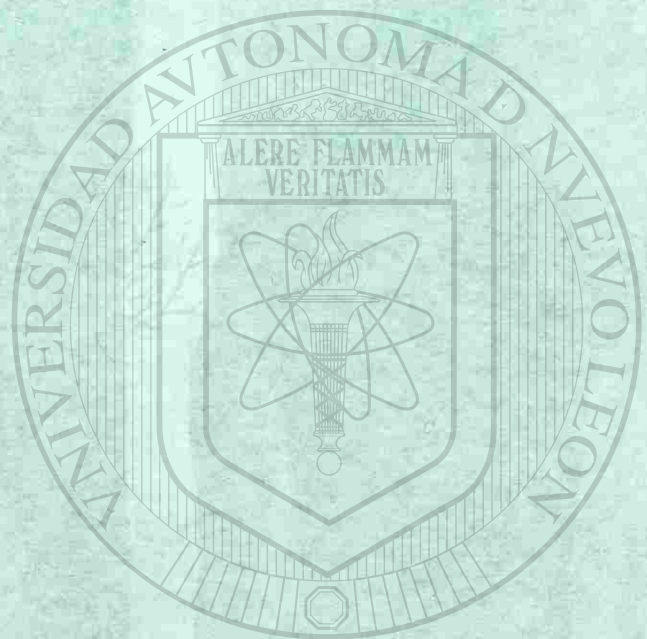
de... más largas
de... en la mano de
de... hacia la
de... requerido

Deposito... quedo la
de... su...
de... con... la mano
de... su oido... sentido por
de... El ruido de las...
de... sus... rayas, apenas le
de... Cuando percibí
de... que descolgué... a lanzar su discurso
de... ensayado mil veces por la tarde. Se deshizo en
de... réplicas. Arrastró frases explicativas. Se vació de
de... palabras... promesas... y
de... juramentos. Deposito... con su
de... ardorosa zrenga. Su estado alterado y el ruido infernal
de... de la calle lo tenían fuera de sí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

Cuando... el sonido intermitente de la comunicación
cortada. ¡Qué impotencia! No cabe duda que colgar el
teléfono es otra forma de cerrar el corazón.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE

Machetazo a caballo

A la distancia se escuchaba el veloz galope de un caballo. Los campesinos platicaban plácida y tranquilamente afuera de la tienda de abarrotes de Don Pedro. Era la única tienda del pueblo y estaba situada frente a la plaza. Desde allí podían vigilar a las muchachas y a sus novios que paseaban en el kiosco. Eran hombres sencillos de pueblo, se sentaban en sillones de mimbre que cada uno sacaba de su casa; era costumbre reunirse a platicar en aquel lugar al regresar de sus diarias faenas del campo, así lo habían hecho sus padres y sus abuelos. Seguía oyéndose el galope, todos voltearon a observar la lejanía pero no alcanzaron a distinguir al galopante, todavía venía muy lejos. Los hombres volvieron a la conversación, mientras esperaban el llamado de las mujeres anunciándoles que la cena estaba servida; hasta ellos llegaban los apetitosos olores que salían de las casas: olores a gordas de harina que ya se cocían en los comales englobándose como sapos blancos; a salsa de tomate, cebolla y chile molcajetada y guisada en sartén de hierro; también olían el chorizo con huevo, el chicharrón con salsa verde y los frijolitos fritos con manteca de puerco; aquella mezcla de olores les hacía agua la boca, por los reflejos condicionados que se aceleraban con otros olores más sofisticados como el del café de olla, el té de hojas de naranjo o de zacate de limón. Todas las chimeneas humeaban alegremente.

El galope les volvía a llamar la atención y los hombres volteaban a ver el punto lejano y la polvareda que levantaba el caballo, todavía no podían distinguir al jinete.

Fuera del caballo, su galope y el jinete misterioso, nada interrumpía la paz de aquel pueblo de campesinos, quienes seguían platicando y burlándose, como lo hacían siempre, -por el simple hecho de divertirse- de Juanchito, el tonto del pueblo, quien pasaba frente a ellos, corriendo como liebre asustada, porque lo aturdían con sus gritos y silbidos, mientras comentaban, desfachatadamente, que aquel infeliz era el "hijo de todos", porque era hijo de la puta Pancha y todos habían tenido sus "queveres" con ella, allá en su casa, a la salida del pueblo.

Así pasaban aquellos hombres su tiempo libre, mofándose de todo el que se dejaba; entre broma y broma contaban historias, a veces nuevas, a veces las mismas de siempre.

Don Pedro contó por enésima vez la historia del perro negro y de la "relación" que encontraron unos trabajadores que habían llegado de San Luis para ayudarlos a recoger la siembra.-Vinieron hace mucho, pobres y desarrapados, con una mano atrás y otra adelante, acá llegaron a hacerse gentes -dijo el tendero- y dicen que ora son gente muy respetada y

muy rica allá en San Luis. Todo empezó aquella noche cuando se les apareció el perro negro dándole vueltas al mezquite, aquél que está por allá -decía Don Pedro, señalando hacia el camino por donde se acercaba el caballo.- Juvenal y Teodoro vieron que aparecía y desaparecía el perro detrás del árbol y Juvenal le dijo a Teodoro - pa mí que aquí hay una "relación", vamos al pueblo a traer las palas pa escarbar - y Teo respondió: -tengo miedo, a mí me han contado que las "relaciones" enterradas son del diablo. -No seas bruto - le dijo Juvenal -no estás viendo que es pa nosotros; esta "relación" debe tener aquí muchos años, a lo mejor desde antes de la revolución, acuérdate que la gente enterraba su dinero pa que no se lo quitaran los villistas o los otros de la bola, y qué casualidad que nadie del pueblo sabe que aquí se aparece este perro negro. -Teodoro ya no dijo nada, sólo movió la cabeza temblando de miedo. Luego llevaron palas, escarbaron y encontraron muchos jarrones de barro repletos de monedas de oro muy antiguas. -¡Y "daii"? - preguntó Santos para que siguiera contando. -"Daii" nada - dijo Don Pedro - luego se fueron y ni adiós dijeron. "Ojos que los vieron ir..."

Nabor volvía a enojarse cada vez que Don Pedro contaba la historia del perro negro. -¡Ora sí quedamos chulos!, tantos años de vivir en este pueblo que es de nosotros, aquí trabajamos como bestias pa mal comer, pa que vengan un par de "fuereños" a hacerse ricos con lo de uno, no hay derecho, esa

"relación" es nuestra, aunque no se nos haiga aparecido el perro negro, debemos exigirle justicia al gobernador.

Todos estaban molestos y discutiendo sobre la mejor forma de reclamar su dinero, cuando vieron que se acercaba el mulato veracruzano, quien vivía en el pueblo desde hacía muchos años. Aquel mulato negro, al igual que Juanchito era blanco... de las burlas de los campesinos y de sus hijos, porque siempre "andaba en la luna", decían ellos, cantando y bailando la canción del "Negro Zumbón": - " Ahi viene el negro zumbón, bailando alegre ballao, repica la tumba y llama a la mujer ...".

Casi a gritos, algunos de los campesinos le pidieron al mulato les contara la historia de por qué había huido de su natal Veracruz, y la razón por la que había llegado para quedarse en aquel pueblo norteño.

- Como toos ustede saben, allá en un bohío, cerca de Veracrú, había una negra muy "chévere", que se casó con un amigo que era bueno pa la tomaaa, luego que se ponía bien "zurumbo", le ponía caa azotaina a la negra que pa qué le cuento; un día, el amigo se queó dormío, sentao en un sillón de mimbre, como ete en que tú tas sentao, en la puerta de su cantón, entonces, la negra bárbara aquella, agarró un machete que tenía tra la puerta y se le dejó ir al amigo como caballo desbocao, y le cortó toíta la cabeza al cristiano; la autoridá la llevó presa, pero luegito la ejó

libre, toos eran testigo, toos la efendieron. Yo no era de aquel lugá, yo iba e paso y conocí a la *viúa negra* como allá la llamaban, y me enamoré como loquito, me contaron la historia y no la quise creé, era muy dulce mi negra pa sé una asesina macabra, y me casé con ea, y vivimo felice un tiempito, pero un mal día, tomé má de la cuenta, llegué a mi cantón hecho un macho bruto, azoté a la negra con toa el alma, sin razón viejo... sin razón... la negra epué corrió tra la puerta y sacó tamaño machete, lo levantó sobre su cabeza con sus negra mano y me dijo que no la volví a golpiá, porque aquel machete no era la última, ni sería la primera cabeza que cortaría... dende entonces, huí de mi lindo Veracrú y nunca volví p'allá, me fui lejo, lo má lejo que púe, y no guelvo allá, por mieo a mi negra linda, por mieo a su venganza, no vaya a cortame mi cabeza, la negra bragaa aquella. ¡Y depué con qué pienso! ¡Y depué con qué canto!

Como en ocasiones anteriores, los campesinos disfrutaron con el relato del negro, quien sin despedirse, simplemente se fue, cantando y bailando al son del "Negro Zumbón...", seguido de los niños que bailoteaban serpenteando detrás de él. La algarabía que armaron los campesinos al alejarse el mulato, fue interrumpida porque el caballo que se acercaba llamó más su atención, ahora sí distinguieron al jinete, era Ruperto, el gran mentiroso del pueblo, otro buen hombre a quien ellos también hacían objeto de sus burlas y sarcasmos. Llegó Ruperto todo polvoriento, asustado, descompuesto y desencajado, paró con

brusquedad su caballo frente a ellos y les dirigió una mirada indescriptible mientras el corcel relinchaba y jadeaba de cansancio.

-¡Cuéntenos mentiras, Ruperto! a ver si te las creemos - le dijo Dionisio - mientras los demás reían y se estremecían de gusto, disfrutando de antemano de las fantásticas historias que Ruperto les inventaba.

-Hoy no puedo contarles nada, qué no ven que vengo reventando mi caballo, otro día les cuento historias, ahora voy a recoger mi ganado, mis vacas y puercos, los tengo que subir al cerro para que no se ahoguen.

-¿Cómo que para que no se ahoguen? ¿Qué sucede? -Preguntó Nabor. -Nada más que se acaba de reventar la presa, se rompieron los muros de contención y ya pronto llegará la creciente, les aconsejo que recojan a sus familias, sus pertenencias y su ganado, y hagan lo mismo que yo, llévenselos al cerro más cercano; allá en la presa las cosas andan difíciles para los ingenieros que habían venido a revisar unas fallas, andan subidos arriba de los bordos, unos fueron a avisar a la capital y a pedir ayuda, "ahí" nos vemos, tengo prisa.

Ruperto volvió a galopar velozmente, clavó sus espuelas plateadas en el vientre del caballo y lo golpeó con el fuste; los campesinos lo vieron alejarse y

enloquecidos corrieron a su vez a sus casas, llamaron a gritos a sus mujeres e hijos, engancharon con premura los caballos a las carretas, las campesinas gritaban histéricas llamando a sus hijos. La noche era negra y oscura. Todo aquel pueblo, momentos antes tranquilo y apacible, se había convertido de pronto en un manicomio: los hijos mayores corrían de un lado a otro juntando pertenencias, los campesinos movían con presteza las carretas; los caballos, uncidos a ellas, relinchaban nerviosamente; el ganado desesperado quería saltar los corrales; todos, casi al unísono, emprendieron una loca y desordenada carrera rumbo a los cerros: crujían las ruedas de las carretas como si fueran a salir disparadas por el aire; cerdos y gallinas eran pisoteados por las vacas en su desenfrenada huida; todos gritaban y corrían desesperadamente. Aquello parecía el juicio final.

Finalmente llegaron a la orilla de un cerro, quedaron en el camino gallinas y cerdos pisoteados y descuartizados. Hombres y mujeres hicieron varios viajes hacia arriba del cerro para subir hijos, animales y pertenencias; los perros ladraban, y los niños, encuerados y descalzos, chillaban de hambre y frío. Todos estaban asustados. Los hombres vigilaban, esperando escuchar en cualquier momento el estruendo del agua desbordada de la presa. Las mujeres velaban el sueño de sus hijos y hacían inventario para ver si no les faltaba algún muchacho.

-¡Qué noche tan terrible hemos pasado! -dijo Nabor cuando ya amanecía. -No se la deseo ni al peor de mis enemigos, pero a pesar de todo lo malo, acá arriba estamos seguros y a salvo con nuestras familias. -Estaban en esas reflexiones cuando, a lo lejos, una de las campesinas soltó un grito espeluznante -¿Dónde están María y Luisa? -Eran las muchachas que la tarde anterior paseaban en el kiosco de la plaza, mientras sus padres las vigilaban. Habían huido con sus novios durante la confusión provocada por el éxodo precipitado; algunos meses después tendrían noticias de ellas.

Don Remigio, quien estaba sentado sobre una piedra, muy acongojado y pensativo, levantó la cabeza y dijo -oigan, y a propósito de gentes perdidas, ¿alguien ha visto a Ruperto? -Dionisio contestó. -El venía delante de nosotros, debe estar en el otro cerro, a lo mejor también allá están las muchachas.

Todos habían pasado aquella terrible noche en completa vigilia, platicando sobre lo que harían para recuperarse de las pérdidas causadas por la inundación, escribirían al gobernador para que los ayudara - a lo mejor - dijo Elías - puede que hasta nos manden comida, latas, ropa y cobijas del otro lado.

Al día siguiente los campesinos decidieron bajar del cerro para buscar a las muchachas y para averiguar si ya había pasado el peligro; bajaron

cuidadosamente, unos a pie y otros a caballo, iban con el temor de encontrarse la creciente, no sabían hasta dónde podía haber llegado la inundación. Poco a poco fueron acercándose al pueblo, viendo, con asombro, que aquello estaba más seco que un desierto en pleno medio día; voltearon a verse unos a otros al mismo tiempo, con los ojos llenos de sorpresa, coraje y vergüenza, mientras Don Pedro, con un irónico tono de autoburla les decía: -¡Qué bola de guajolotones somos! ¡Ora sí que nos carneó el Ruperto!

Entre tanto, afuera de la cantina del pueblo, estaba "apersogado" el caballo del día anterior, y adentro, sentados alrededor de una mesa, bebían sendas cervezas, despreocupadamente: Ruperto, el mulato y Juanchito, mientras escuchaban y cantaban al unísono, la canción que en ese momento tocaba la radiola: "Negra, negra consentida, negra de mi vida, quién te quiere a ti..."

El Extraño

Una tarde más, como cualquiera de cualquier día. Nadie esperaba que algo pasara. Hacía muchos años que no pasaba nada que intranquilizara la vida de alguno de los habitantes de aquel pueblo; el último acontecimiento más o menos notable que se recordaba, era la muerte del hombre de Julia, pero de ese hecho hacía ya muchos años.

Era un pueblo común, como cualquier otro pueblo común, con gente también común, como la mayoría de la gente de muchos pueblos, qué más da, lo que sucede aquí, sucede allá y puede suceder en cualquier parte, a cualquier persona. Toda la gente del pueblo vivía, disfrutaba y comentaba las cosas cotidianas. Como todos los días, se escuchó el silbido del tren; los niños corrieron, como siempre, para decirles adiós al maquinista y a los pasajeros.

El tren paró en la estación solitaria, que se encontraba ubicada a cierta distancia del pueblo. Después del desahogo de vapores de la locomotora, bajó, sin equipaje, un solo pasajero; el tren se alejó silbando y el hombre quedó allí, en el andén, contemplando el rítmico movimiento de los carros que se alejaban por la vía, y lo siguió hasta que sólo fue un punto lejano. Luego caminó con desgano hacia una pequeña banca, se sentó en ella y allí pasó la noche. A

la mañana siguiente, emprendió camino al pueblo, por el que deambuló varias horas sin rumbo fijo; todo el que lo veía preguntaba si alguien conocía al hombre solitario, pero nadie recordaba haberlo visto alguna vez.

En el ocaso de ese mismo día, el hombre se detuvo en la puerta de la casa de Julia, estuvo allí largo tiempo, parado, sin tocar, simplemente viendo todo y a todos los que pasaban por el lugar; en su mirada tenía una expresión de ausencia.

Anochece cuando llegaron a la casa los dos hijos varones de Julia, se sorprendieron al encontrar desmayado al extraño junto a la puerta; lo introdujeron en su casa, no era cosa de dejarlo allí tirado como un perro, lo recostaron en una cama y trataron de reanimarlo con alcohol.

En el momento en que el extraño entró en la casa, Julia se encontraba ocupada en el cuarto de costura, sintió muy en el fondo de su ser una confusa sensación conocida y lejana; se levantó muy inquieta y caminó hacia la habitación donde estaban sus hijos con el desconocido, quien ya sobrepuesto, bebía unos sorbos de leche con miel que le daba Efraín, el hijo menor de Julia.

Julia y el extraño encontraron sus miradas. Ella empezó a sudar; un sudor frío, helado, que la hizo

temblar y le erizó la piel para el resto de su vida. El hombre cerró los ojos y los recuerdos de Julia se trasladaron veinte años atrás.

Ella había llegado al pueblo aquél con su hija Belén aún muy pequeña; llegaba casi huyendo de su ciudad natal, no era para menos, había estado un tiempo en el hospital curándose de las múltiples heridas de puñal que le propinara su primer marido, un ebrio, marihuano, irresponsable y violento, que la había hecho sufrir mucho durante su matrimonio. Al salir Julia del hospital, con su pequeña hija en brazos subió a un tren, se fue sin rumbo; cuando pasaba por aquel pueblo decidió quedarse al ver a la chiquillería diciéndole adiós, antes de llegar a la estación. Era una mujer de buena apariencia, muy alta, de ojos pequeños y sonrisa fácil; tenía una simpatía natural que le abrió las puertas para conseguir trabajo de ayuda de casa, con una familia de buena posición económica. En muy poco tiempo Julia se ganó el aprecio no sólo de aquella familia con quien trabajaba, sino de toda la gente del pueblo.

Cuando Belén tenía seis años, llegó al pueblo un hombre llamado Vicente, era piscador de algodón y consiguió trabajo con la misma familia donde trabajaba Julia.

Vicente era un hombre bastante alto, con ojos grandes, negros y brillantes, sus pestañas eran muy

largas; puede decirse que el hombre tenía buen tipo. Su piel era oscura y brillaba como charol en los días soleados y calurosos del verano. "Nada feo... nada feo es el Chente" - decía Julia - "a pesar de ser tan prieto el condenado".

¿Cómo me casé con Chente?... si casi nunca me habló... creo que nos entendimos a puras miradas; era tan mustio, tan serrote, tan calladote; durante el tiempo que vivimos juntos apenas me dirigía la palabra... sólo para lo más indispensable: "Sírname, Doña Julia, tengo hambre". "Acuéstese, Doña Julia, tengo ganas". Y para colmo me hablaba de usted, el arrastrado.

Al poco tiempo nació mi hijo Chentito, luego me embaracé por segunda vez, pero para entonces Chente ya no me hablaba, y no le dije nada, no le dije que nos nacería otro hijo, ni caso tenía, ya ni nos dirigíamos la palabra, había entre nosotros como una especie de pacto de silencio. La niña y el niño nos veían ir y venir por la casa, silenciosos, silenciosos, arrastrando más que los pies la vida misma; sus ojitos estaban llenos de incertidumbre y sus boquitas tenían siempre un rictus de llanto que no se atrevía a brotar.

Nunca supe la razón de aquel silencio de Vicente, él no volvió a emitir ningún sonido, ni siquiera le importó que yo tomara clases con la maestra de la escuela; no me hablaba, ni para bien, ni para mal. Muchas veces pensé que si Chente no

hablaba era porque no quería, o quizá porque le daba lo mismo hablar o no hablar, o le daba flojera... también llegué a pensar que se le había oxidado la voz de tanto no usarla.

Un buen día Chente desapareció, sencillamente se fue del pueblo. Todos pensamos que quizá se había ido de bracero a los Estados Unidos. Alguien dijo que habían encontrado a un hombre ahogado en el Río Bravo, lo había arrastrado la corriente al intentar cruzarlo, eran las señas de Chente, claritas todas sus señas, y lo dimos por muerto, hasta le mandamos decir sus misas de difunto.

¡Veinte años, Chente! ¡Han pasado veinte años! Nació Efraín, y no lo supiste. Tus hijos y Belén crecieron sin ti, ni falta les hiciste. ¿Qué vienes a hacer ahora? Te hubieras quedado muerto. Yo sé que estás allí... igual de prieto, mustio, seriate y callado, ya te reconozco... estás escondido detrás de esa barba de viejo, detrás de esas arrugas, detrás de esas canas de viejo... eres tú... reconozco tu olor, es inconfundible, desde mi cuarto de costura lo percibí... hueles a hierba de monte, a macho en celo, a sol, arena y sudor... ese olor que desprendes me asfixia. ¡Vete de mí!...

Pasaron muchos años para borrar tu aroma de mi casa y de mi mente, no quiero que ocupes nuevamente mis recuerdos, ni que llenes con tu aroma mi vida. Ya son muchos años de ausencia y olvido...

aquí ya nadie te conoce, ni tus hijos... A Efraín le puse el nombre de mi padre porque nunca me dijiste cómo se llamaba el tuyo... a lo mejor ni padre tuviste... yo creo que tú eres hijo del aire, porque siempre fuiste un aroma que el viento lleva y trae.

No quiero que tus hijos te conozcan, ¿para qué? Tú llegas y te vas como el viento, y sólo dejas tu olor ocupando los sentidos... Tengo dos nietos, ¿Sabes?... son hijos de Belén... pero a ti qué te importa, ni siquiera son nada tuyos... ¿A qué viniste, Vicente? ¿A qué regresaste? Te hubieras quedado muerto... desde que te fuiste ibas muerto... desde que llegaste aquí la primera vez ya venías muerto... nunca supimos cuál era tu origen, ni si tenías o no familia... con eso de que casi no hablabas, cuando dejaste de hablar pues ya ni para qué preguntarte nada... eres y fuiste siempre una sombra en esta casa... eras como un zopilote negro como tu piel curtida por el sol... nunca supe si tenías veinte o cien años... Lo único bueno que me dejaste son ese par de hijos altos, morenos y bellos como tú... pero que no huelen a ti... para mi suerte.

Julia volvió a la realidad, haciendo a un lado sus recuerdos, porque el hombre abrió de pronto los ojos; sus miradas volvieron a encontrarse y un viento cargado de un olor penetrante salió del cuerpo del hombre. El cerró sus ojos nuevamente. Julia supo que había muerto porque todo su cuerpo, la habitación y la

casa, se llenaron de aquel profundo olor a hierba de monte, a macho en celo, a sol, arena y sudor.

Al transcurrir el tiempo, la gente del pueblo siguió percibiendo aquel olor fuerte y profundo, cada vez que pasaba por la casa de Julia, y ella, ya no pudo sacarlo jamás de su mente y de su cuerpo; aquel olor le erizó la piel y la hizo sudar frío y temblar, hasta el último día de su vida.

El viaje

Se encontró de pronto con un boleto estampado en su cuerpo, en todo su cuerpo, lo había invadido todo. Tenía que viajar forzosamente, no regresaría jamás...

-¿Es muy grave doctor? -Fue lo único que preguntó después de ver la expresión preocupada del galeno. -¡Cáncer! -Contestó el médico, con un tono de voz que quiso parecer frío e indiferente. Nada dijo, sólo apretó fuerte las mandíbulas, como queriendo soldar una con la otra para impedir el grito de angustia y desesperación que le salía de muy adentro, pero que contuvo, porque los hombres deben ser hombres hasta la muerte.

-¿Desde qué edad empezó a fumar?- Preguntó el especialista.

-A los doce... años... doctor... a los doce...

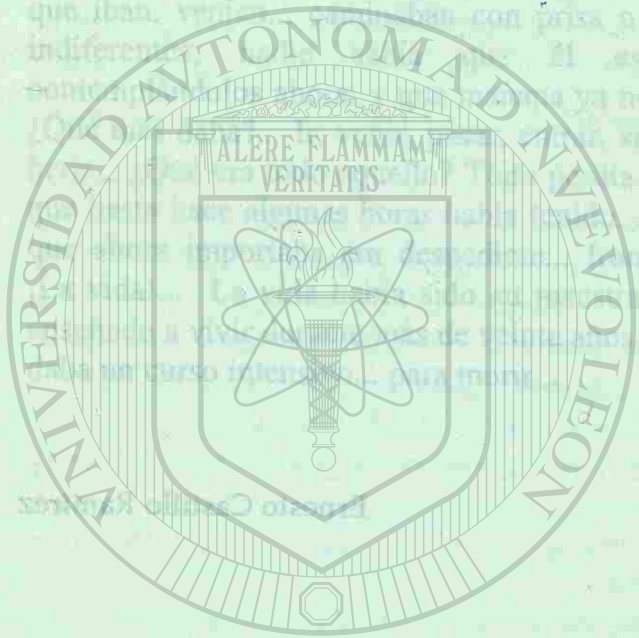
Fue a verla. Estaba ahí. Joven, llena de vida. Envidió su alegría y su vitalidad que irradiaba por todos los poros. La besó... con coraje. La besó por última vez porque quería despedirse... ya, no deseaba prolongar su agonía... debía empezar a renunciar a todo lo que lo ataba a la vida, tenía que arrancarse los sentimientos... Había que meter las garras en el corazón y sacar hasta la última raíz... El dolor era fuerte, espeso, agrio... feroz.

-Ya no te amo.- Le dijo secamente, fríamente...
y caminó hacia la ventana... observó los automóviles
que transitaban por la avenida, observó a las personas
que iban, venían... caminaban con prisa o despacio,
indiferentes; nadie sabía que él estaba ahí
contemplándolos ahora, y que mañana ya no estaría...
¿Qué más daba?... Ir, venir, pasar, entrar, salir, besar,
herir... ¿Qué era todo aquello? Todo perdía el sentido
que hasta hace algunas horas había tenido... Lo único
que ahora importaba era despedirse... Ironía cruel...
¡La vida!... La vida había sido su maestra, lo había
enseñado a vivir durante más de veinte años y ahora le
daba un curso intensivo... para morir...

Ernesto Castillo Ramírez

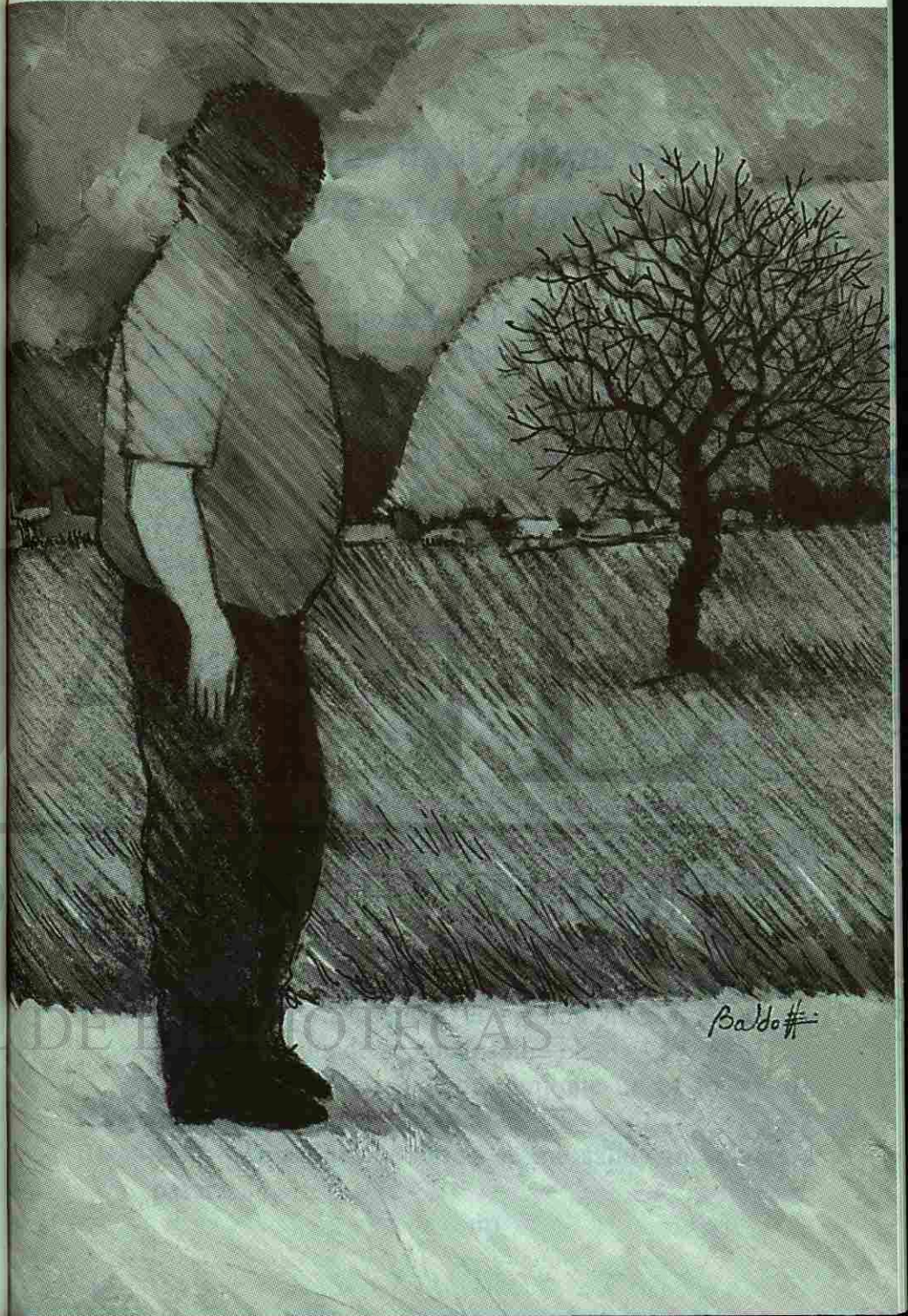
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... Ya no te amo - Le dijo seriamente, fríamente...
y se volvió hacia la ventana... observó los automóviles
que transitaban por la avenida... observó a las personas
que iban, venían... iban con prisa o desprisa,
indiferentes... El estaba ahí
sonriendo... ya no estaba...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENTRISTEZA

Estoy aquí porque no puedo estar en otro lado

Le prometió a San Judas Tadeo no volver a mentir. Rezó por unos minutos se persignó y depositó un billete en una de las ánforas antes de salir del templo. Tomó un ruta 23, al llegar al Mercado Juárez, descendió del autobús y sacó una moneda. "Si es águila me quedo en el Jockey Club, cara, al club de Toby". La moneda le indicó lo segundo, ante ello esperó un ruta 129.

"Es cierto, el hombre toma para resolver sus torrenciales problemas, para entender la vida y aceptar la frágil condición de la mujer en el mundo. Aparte de Buda, ¿cuántos filósofos misóginos existirían en la antigüedad?, al parecer Aristóteles y Aristófanes odiaban a la mujer por su incapacidad para construir ditirambos...". Un terrible bache en Juárez y Colón, lo sacó de sus reflexiones, refiriéndose al conductor, expresó:

- ... tu madre, crees que traes pollos.

El chofer detuvo el camión más adelante, se levantó e iracundo se lanzó sobre él:

-Qué traes pendejo, cómprate un carro, agarra un eco; párate lengua larga.

-Discúlpeme chofer, se me salió, no volverá a pasar...

-Maricón, loba lengua larga.

"Reacciona así por lo explotado, por lo enajenado, el smog; el estrés que se le junta a diario y de su salario ni se diga". Dejó de pensar en el agravio y se fijó en lo congestionado de la avenida, en la cantidad de refrescos y ganancias que obtiene la Coca Cola con sus ventas, pero sobre todo, recordó aquel día en que desalojaron a su héroe Simón Bolívar de la rotonda, allá en la colonia Mitras. "A quién chingados se le ocurrió poner las hijas de Don Simón ahí, que es arte figurativo posconstructivista, explicó el escultor, jaladas".

Mientras tanto, el camión siguió su marcha. Dos cuabras antes de bajarse, sonó el timbre, al estar fuera de la unidad, observó que no lo viera el chofer y levantando la mano, le mentó la madre. Miró el reloj, "las seis de la tarde. Es viernes, hora propicia para incorporarse al río etílico, ya los dioses tienen sed. De aquí al último camión, alcanzo a tomarme un cartón y unas tres cubas para el desempance".

Pronto llegó al club. Antes de tomar asiento y saludar a la concurrencia, "El Greñas" le dijo:

-Otra vez sin nada, ya sabes que la cuota es de six para arriba. No se me olvida, la última vez que pusiste fue hace tres meses, cuando le quitaron el campeonato a la "Tortuga" Sánchez.

-Dejame saludarte, acuérdate, estamos en el año internacional de la tolerancia.

-No comiences Felipe, así hablas y al último no pones.

Antes que continuara la discusión, el anfitrión les pidió calma. Felipe pasó a sentarse, se disponía a tomar su primer trago cuando exclamó:

-Por Zeus, por los ausentes y los presentes.

Paladeó los primeros sorbos y se dijo: "Estoy aquí, porque no puedo estar en otro lado". Se dispuso a escuchar la plática. Intervino en varias ocasiones para precisar conceptos y actualizar otros. En esas reuniones regularmente hacía las conclusiones, todos lo sabían. El tiempo transcurrió y con ello la bebida. Vio su reloj, iban a ser las diez, pensó que a esas alturas llevaba unas quince cervezas. En eso estaba, cuando "El Greñas" se levantó para hacer la coperacha.

-De a veinte, de a veinte antes que cierren...

Felipe se metió la mano a la bolsa, sacó un billete de a diez todo arrugado y lo aportó. Quien juntaba el dinero no toleró semejante desfachatez y agregó:

-Hoy te pagaron Felipe.

-Sí, pero no feríé, el Banco estaba lleno.

Ante esa respuesta, arremetió.

-Siempre es lo mismo. Llevas más de medio cartón, te acabaste los chicharrones en salsa verde, te estás fumando los cigarros de Fidencio y de la botana nomás agarras pistaches.

Felipe guardó silencio y recordó: "a los necios hay que ignorarlos". Optó por preguntarle al "Trampitas", si la Bolsa de Valores seguía cayendo o cualquier otra cosa para zafarse del necio.

-¿Qué oyes como lavatap? ¿Cómo está nuestro peso ante el dólar?

-Muerto. -Le respondió.

El "Greñas" no se había retirado y apeló.

-No me dejes hablando Felipe, no soy un perro.

-Sí lo eres, pues no dejas de ladrar.

Ante la efervescencia del diálogo, el anfitrión intervino.

-Tranquilos, tranquilos... escuchen la música, no se agredan. Ten lo que le falta a Felipe.

-No hagas eso, lo estás chiflando.

-No me chifla, pero nuestro anfitrión sabe de las dimensiones del hombre. Tu vida la has reducido a dos cosas: el baile y la mediocridad.

"El Greñas" no toleró una palabra más. Se empujó hacia atrás y le tiró un izquierdazo. Felipe sintió que las corvas no las soportaba y cayó al suelo. Trató de incorporarse, no pudo. Vio a su agresor y pronunció:

-Eres un perro, un ignorante, mediocre...

"El Greñas" lo observó, los ojos le comenzaron a brillar y empezó a patear al caído. "Ten esto, esto y esto; y esto más por gacho y orejón". Tambaléandose se pararon dos de los asistentes y lograron detener al enfurecido, le pidieron que se fuera. "El Greñas" no se opuso y se encaminó a la salida, pero antes de retirarse, volteó hacia donde estaba Felipe y le gritó: "maricón".

Sentado y aturdido por las patadas recibidas, Felipe comentó a la concurrencia que las actitudes del "Greñas" eran las de un ezquizoide y por ello requería atención médica cuanto antes, ya que podía agredir a cualquier ciudadano. Así mismo, externó que sus fijaciones por el dinero, eran actitudes corruptas y dañinas para la sociedad.

Entre justificaciones por lo acontecido, Felipe comenzó a despedirse, no sin antes hacer énfasis en que el conocimiento humanístico y científico representado en su persona, habían sido vituperados y agredidos sin el menor remordimiento y culpó a los presentes de cómplices por la avalancha de golpes recibidos.

Por último, le dijo al anfitrión que jamás pisaría una casa como la de él, en donde no solamente se

fomenta el espíritu negativo e individualista, sino las bajas pasiones y un temor al conocimiento universal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B

De Monterrey a Escobedo

6:30 de la mañana, ruta 64. Unos bostezan, otros miran como si fueran zombies, varios duermen y pocos leen la prensa matutina. Cada lunes es distinto, ahí vamos todos apostándole a la esperanza, al nuevo día.

Todo comienza con el término "residencial", con la voracidad de los fraccionadores y su hipersentido para explotar la idea de urbanización. Ahora resulta que el concepto residencial es tan elástico como cualquier chicle. Sin embargo, la mercadotecnia, el subdesarrollado hedonismo, la situación económica del país y la necesidad de un patrimonio, cobran efecto en el consumidor y la venta se realiza. Bueno, los vendedores son muy claros y de inmediato aclaran que entre ambos cónyuges deben ganar de 12 mil a 15 mil nuevos pesos, para poder establecer el compromiso.

El transporte sigue su marcha y las bardas con slogans de "Bienestar para tu familia", "Súmate a lo nuevo" y de "solidaridad", están por doquier. Espacios que hacen referencia a otro sector y en el cual, el concepto de residencia no camina en sus bocas, sino para realizar la obra negra en ellas y tener los 12 ó 15

mil nuevos pesos mensuales, equivalen a juntar el salario de varios padres de familia.

Cruzar la colonia Tierra y Libertad, la Granja Sanitaria o ver cualesquiera de los Fomerrey aledaños, es un misterio, pero también una contundente realidad. Ahí la modernidad les llegó en retazos y la mayoría de los habitantes al escuchar o ver el comercial televisivo de vivienda digna, no dudan en maldecir a la vida o al gobierno.

En Tierra y Libertad la urbanización es un caos: arteriasseudopavimentadas, zanjas abiertas por aquí y por allá, calles angostas que en ratos se vuelven amplias, y para no perder la extracción campirana, un vecino destaza al cerdo que ha sacrificado, mientras que una mujer arrastra hacia media calle el conocido cazo de los chicharrones. Tres cuadras más adelante, un burro retoza, a su lado, una gallina y sus polluelos hurgan entre un montón de pastura.

Pero la gente es noble y la música es un sedante. Aliena sin el menor recato y atrás de la rítmica cumbia "esa muchacha me rompió el corazón..." el sector proletario, pierde poco a poco sus aspiraciones y la visión crítica de su entorno.

De repente, una dama grita: "¿Por qué me agarras cabrón?... Agárrale a tu madre...", finalmente pasa a sentarse, su vecina le dice: "No deberías andar

así, les mueves las ganas". No era de abultados senos, pero su estatura, lo corto de su vestido, sus medianas caderas y lo marcado de su ropa interior, trastocó la paz espiritual y fe católica de algunos pasajeros.

Pero ni lo carnal, el mundo de la lencería o sujetos con la libido alterada, detienen el proceso social.

Llegar al centro de Escobedo es fácil si se conocen las rutas. Llámese Topo Grande, Encinas de Arriba, de Abajo, Isla Sur o Norte; Pedregal de San Angel, en fin. La marginación y el subdesarrollo son lo mismo en cualquier parte. Lo consabido: el explotado, explotado será.

Ya en el segundo transporte, el pasajero de adelante lee la noticia principal de un tabloide, la cual da cuenta de cómo una joven a través del espejo retrovisor de su automóvil, mira cómo choca su novio y se mata. El titular rezaba: "Ve la muerte por el espejo", el lector deletrea de nuevo el encabezado, mira a su acompañante y exclama: "¡qué mamones estos periodistas!"

Mientras tanto, minutos y distancia se han consumido. Llegamos a la región del General Mariano Escobedo, quien hacia 1850 luchara contra mezcaleros y comanches.

La calle y la gente

En la calle se sabe del mundo y de la gente, ahí encontramos el "otro" conocimiento, la *paideia* anónima sin los escrúpulos institucionales.

En ella todo mundo platica y el ciudadano se convierte en lenguaje. Algo se dice en cada esquina, en la tienda del barrio, a media calle o desde una ventana. De las guerras que no paran en el mundo, de los salarios que ya no alcanzan para nada, de las iglesias que cada día están más solas, y no se diga de las telenovelas, pero sobre todo, en la vía pública se construye el conocimiento que Luis González y González llama microhistoria.

El vendedor de frutas, el agente de ventas, el bolero o cualquier otra persona que ha convertido la calle en su espacio de trabajo, conoce el movimiento social.

En sus hechos e ideas deambula la historia. Conocen y reconocen los altibajos de la vida. No tendrán una teoría sobre el estilo rococó de la catedral equis, sin embargo, saben que fue algo muy complicado de hacer y debió costar mucho tiempo construirla. No es común oír de sus bocas los términos déficit fiscal, cetes, producto interno bruto, concesiones financieras, etc., pero precisan que en

México andan mal las cosas y que existen muchos sinvergüenzas.

La calle es el refugio público de todos. Ahí la condición humana es visible y sus bondades y defectos deambulan por aceras, ventanales y conglomerados; sin más, emerge la reflexión, sin leer a escabrosos teóricos de la existencia.

En el andar se olvidan los pesares y nacen ideas alentadoras, tras el agravio o los insultos recibidos sin razón alguna, el hombre vuelve a cavilar y a preguntarse: "¿para qué seguir alimentando el corazón con rencores?" En ella paseas lo ordinario y se abren nuevas ventanas para contemplar el universo; y entre el silbido dirigido a cadenciosas caderas, esféricos senos o apuestos galanes, los peatones ven transcurrir el tiempo.

También es reflejo de las diferencias económicas, ideológicas y culturales. Ya vemos a la emperifollada dama, al político descifrando el presente, al adolescente padeciendo o al anciano mofándose de sí mismo y a veces de todo.

Es cierto, la calle y el peatón son hermanos gemelos, nacieron juntos y juntos dan cuenta de la vida, del laberinto que es el hombre, de la pasión que a veces le hunde y de la razón como salvavidas.

De los autores

Luis Antonio Lucio López (Estación de Villaldama, Nuevo León, 1959). Obtuvo el primer lugar en el certamen estatal de cuento de ciudad Guadalupe, N. L., en 1992. Se le otorgó una mención honorífica por su trabajo de investigación en el concurso "Historias de Nuestros barrios" en 1994. Sus crónicas y cuentos han sido publicados en diferentes diarios de la localidad. Actualmente es maestro de la Preparatoria Núm. 16.

Leticia Magdalena Hernández Martín del Campo (Monterrey, N.L.). Estudió la licenciatura en Letras Españolas en la U.A.N.L. Maestra de tiempo completo en la Preparatoria Núm. 16. Ha contribuido en diversos textos del área de Español y Literatura.

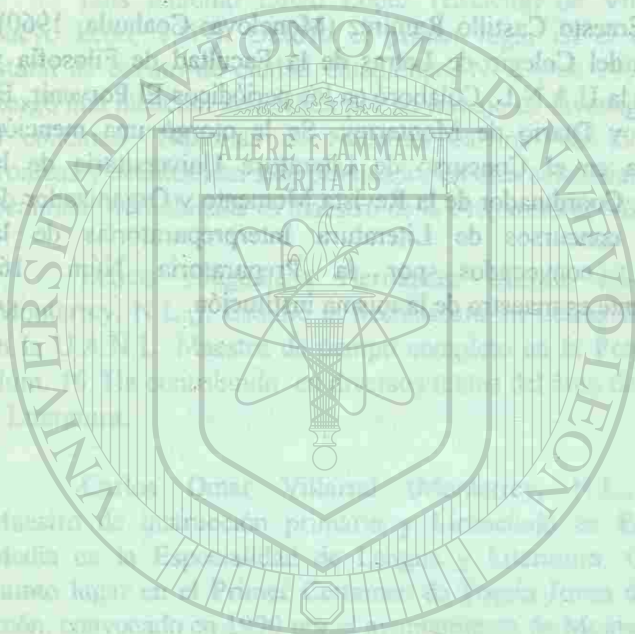
Carlos Omar Villarral (Monterrey, N.L., 1964). Maestro de instrucción primaria y Licenciado en Educación Media en la Especialidad de Lengua y Literatura. Ocupó el quinto lugar en el Primer Certamen de Poesía Joven de Nuevo León, convocado en 1990 por el ayuntamiento de Monterrey. Así mismo, fue distinguido con menciones honoríficas en la Escuela Normal Superior y en el Concurso Estatal de Cuento de Cd. Guadalupe. En la actualidad imparte clases en la Escuela Normal Superior y en la Preparatoria Núm. 16.

Ma. Josefina Díaz Olivares, nació en el Estado de Tamaulipas. Actualmente reside en Monterrey, donde realizó sus estudios. Es Licenciada en Letras Españolas egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L. Trabaja como maestra universitaria desde 1975. Su afición literaria la desarrolla escribiendo poesía y cuento. Muestras de su obra han sido publicadas en periódicos y revistas de Monterrey,

Guadalupe y San Nicolás. Uno de sus cuentos fue publicado entre "Los mejores cuentos del Primer Concurso municipal del Cuento", en San Nicolás de los Garza, en 1994.

Ernesto Castillo Ramírez (Monclova, Coahuila, 1960). Egresado del Colegio de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L. Colaboró en los periódicos El Porvenir, El Nacional y Diario de Monterrey. Se le otorgó una mención honorífica en el Concurso de Literatura Universitaria de la U.A.N.L. Coordinador de la Revista Momento y Organizador de los tres concursos de Literatura Interpreparatorias de la U.A.N.L., convocados por la Preparatoria Núm. 16. Actualmente es maestro de la misma institución.

Guadalupe y San Nicolás. Los mejores cuentos los publicados
entre "Los mejores cuentos del Primer Concurso municipal del
Cuento", en San Nicolás de los Garza, en 1994.



Agradecimientos
Cuidó la edición:
Imprenta:
Captura y diseño:

Celia Nora Salazar Garza
Juan Quintanilla
Arturo E. Ponce Castillo
Ma. Cristina Aparicio Torres
Baldomero Hernández
Jorge Arturo Lazo Pérez

La presente edición se imprimió en el taller de la Imprenta
Universitaria. San Nicolás de los Garza, N. L.
Se tiraron 500 ejemplares más sobrantes para reposición.
Julio, 1995.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



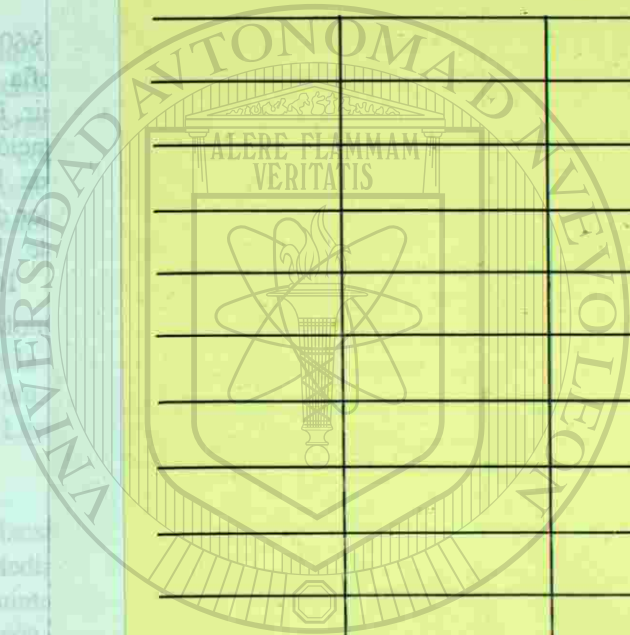
Ma. Josefina Díaz-Olivares, nació en el Estado de
Tamaulipas. Actualmente reside en Monterrey, donde cursó sus
estudios. Es Licenciada en Letras por la Facultad de
Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma
nacional universitaria desde 1979. Su obra literaria la
desarrolla escribiendo poesía y cuentos. Muchos de sus libros han
sido publicados en periódicos y revistas de Monterrey.

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

IFCC 636



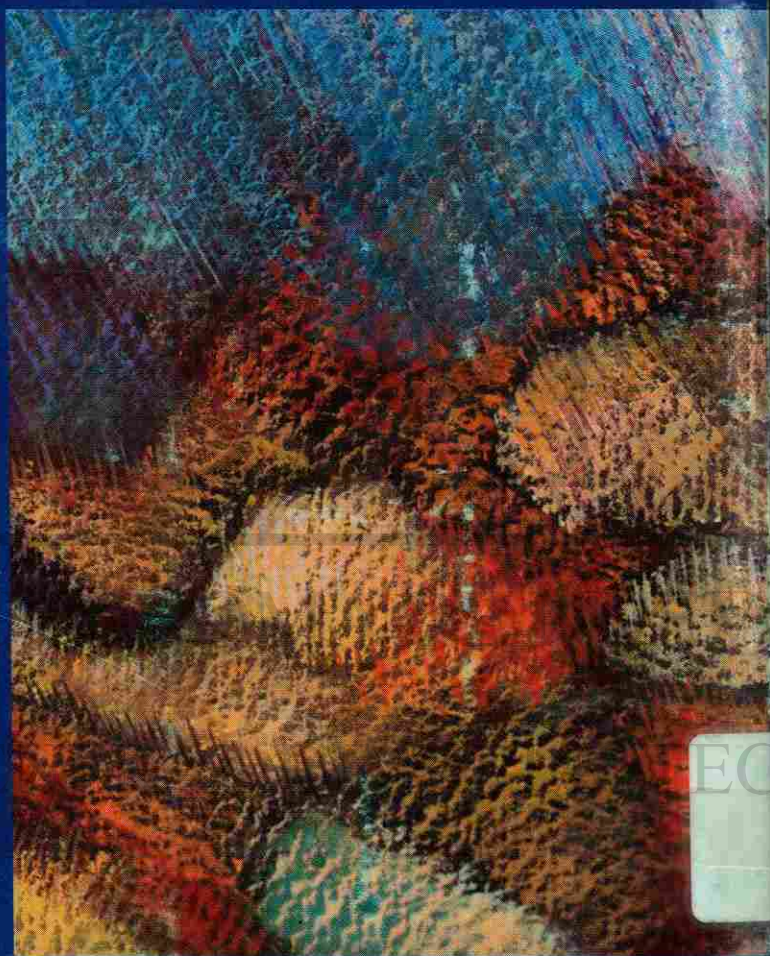
U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preparatoria
76
u.a.n.l.



ALERE FLAMMAM VERITATIS